



LA TRUQUE
VIA SAN JUAN

Mundo

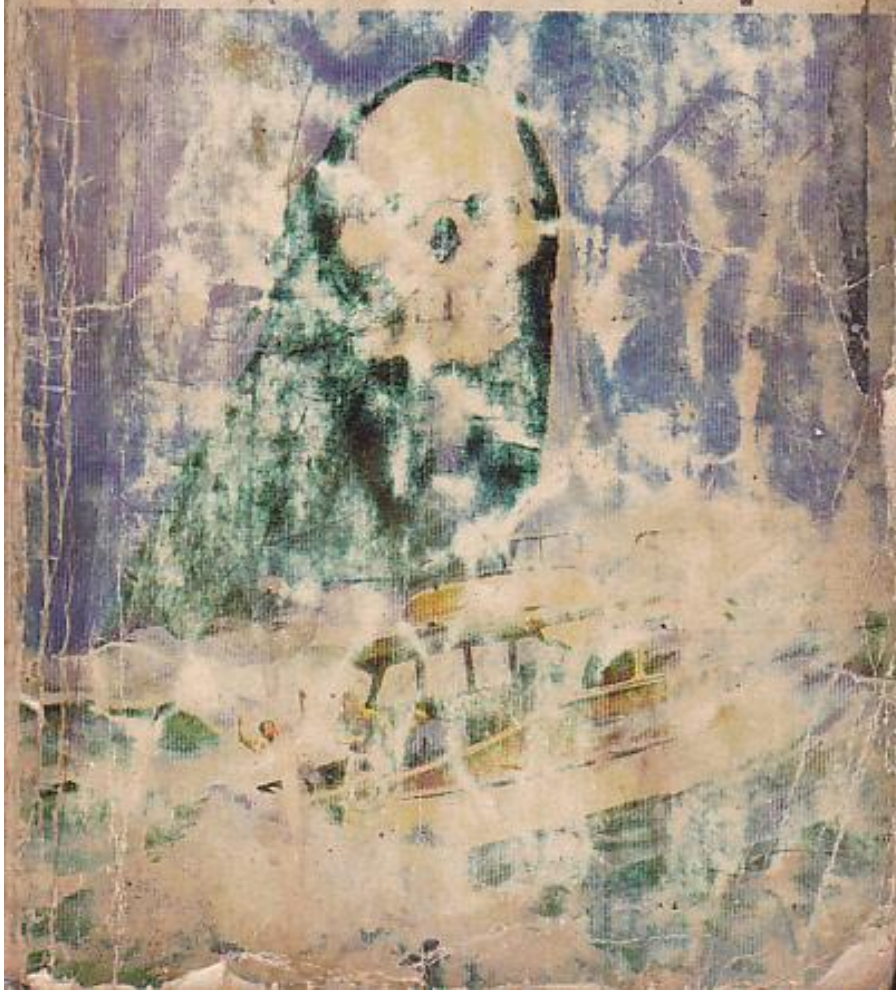
MI. Column Square





Hull

M. Column Square



M. COLUMN SQUARE

LA MUERTE VIAJA EN YATE

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 28.226-1981

impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre. 1981

© M. Column Square 1981 Texto

© Martin – 1981 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vahés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Marilyn Robson, respiró con placer el aire fresco de la noche.

Le dolía la cabeza. Horriblemente.

La culpa era del champaña.

Todavía no había conseguido acostumbrarse a beberlo.

La verdad es que el champaña no le decía nada. Prefería un buen trago de whisky.

Pero Karl se lo tenía prohibido.

Karl le prohibía muchas cosas desde que,, la convirtiera en su *estrel a*.

Nada de whisky.

Nada de vestidos rojos.

Nada de pedir espaguetis en el restaurante...

¡Con lo buenos que son los espaguetis con su salsa de tomate y su queso parmesano!

Así los preparaba el tío Paolo en su restaurante de Nueva York.

¡Cuántas veces le ayudó ella a hacerlos!

Porque la verdad es que su nombre no era Marilyn Robson, sino Chiara Sentini.

Sí, Marilyn Robson, la hoy famosa estrella de cine, era en realidad Chiara Sentini, que iba para cocinera pero que, por obra y gracia del encanto varonil y la palabrería fácil del pillo de Peter Stone, decidió su propio destino fugándose con el mozo y con el dinero del cajón.

¡Aquellos sí que eran tiempos, felices!

Marilyn, o Chiara, se hartaba de espaguetis, de pizza y de canelonis a la rosini.

Hasta reventar.

Ahora, en cambio, siempre estaba muerta de hambre.

—No es elegante comer demasiado —la aleccionaba Karl, invariablemente—. Además, el comer mucho engorda, y una estrella *tiene* que conservarse esbelta.

Marilyn se llevó las manos a las sienes. Le ardían.

Quizá lo que ocurría es que estaba demasiado débil por comer poco, y por eso le hacía tanto daño la bebida.

Se apoyó en la borda.

El aire fresco era lo único que alcanzaba a aliviarla algo.

Ya lo suponía, por eso a última hora no se metió en la-cama y vino a pasear un poco por cubierta.

Miró ante ella...

¡Qué sereno estaba el mar bajo la luna inmensa y plateada!

El «Ursus» navegaba majestuoso dejando tras de sí una estela de espuma blanca.

El «Ursus» era un magnífico yate.

A Karl le costaba una verdadera fortuna mantenerlo.

Pero valía la pena.

Cuando había algo que celebrar, Karl reunía un grupo de amigos y organizaba un crucero.

Como éste.

Cuando no había un motivo, una razón, los inventaba.

Hoy, en esta ocasión, su meta era Acapulco. Perfilando ja costa en dirección sur.

Y a bordo, además de Karl y ella misma, Glenda Silver (su doble), Hellen (la esposa de Karl), Mark Reynolds (su sobrino político, investigador privado), John Locke (un vividor elegante), Terence Davis (el gordo productor socio de Karl), y la pequeña Hilda Gilling (siempre detrás de un papel).

Un grupo al que no se le podía negar originalidad, por supuesto.

Pero no excesivamente divertido.

No, esta vez, Karl no estuvo demasiado acertado al elegir sus invitados.

Sin saber explicarse el porqué, ella, Marilyn, supo desde el primer instante de subir a bordo que el crucero estaba destinado a convertirse en un rotundo fracaso, incluso lo comentara con Glenda.

Los vestidos de Marilyn eran tan ceñidos que necesitaba ayuda para ponérselos.

Y aquella noche, la primera a bordo, la doble estaba en su camarote ayudándola a vestirse.

Buena chica, Glenda.

Un poco reservada de más, bastante seria... pero buena chica en el fondo.

Nunca hablaba mucho.

Era lo mejor que tenía, a juicio de Marilyn, a la que molestaban las mujeres charlatanas que siempre quieren hacerse oír.

Como la Gilling, en su afán de hacerse notar.

—El único que me gusta es Mark —confesó Marilyn—, Davis es un cerdo y John Locke un pegajoso.

Me recuerda a un pulpo: cuando se me acerca, todo se vuelven brazos. ¡Qué hombre!

Glenda se limitó a sonreír.

Glenda...

El parecido entre las dos era realmente sorprendente.

Rubias ambas, con los ojos verdes, el bello cuerpo, todo aquel *sexy*...

En película nadie era capaz de identificarlas.

En privado, sí, naturalmente.

Entre otras razones porque Glenda vestía mucho más modestamente que Marilyn.

Era lógico: también ganaba mucho menos que ella. No era la estrella, sino una simple doble.

Y mientras Marilyn se ponía este llamativo modelo brillante, exageradamente desnudo y ceñido al cuerpo, la doble se conformaba con lucir un traje color verde manzana con anchas hombreras, talle alto, y falda ligeramente voleada.

Pero le quedaba bien. ¿No iba a quedarle, si al fin y al cabo era la imagen viva de la *starlet*?

Estaban en el camarote número cinco, que solía ocupar siempre Marilyn.

A Glenda se le destinaba el número tres, tabique por medio.

El número uno pertenecía a la buscona Hilda Gilling y el siete a John Locke.

Los pares estaban distribuidos de la siguiente forma: el número dos le tocara en suerte a Terence Davis; el cuatro, a Mark Reynolds, el seis era el que ocupaban los esposos Holden, y el ocho iba vacío.

La escena de aquella noche había sido por culpa de Hilda Gilling.

Marilyn bailaba con Karl y a la niña tonta se le ocurrió ir a meterse en medio.

—¡Señor Holden, si no baila conmigo, me arrojo por la borda!

La loca.

Jamás Marilyn hiciera una cosa así de descarada, de tan mal gusto.

Y no porque presumiera de ser una chica refinada.

Ni en broma.

En el barrio donde se crió, nadie sabía de eso. En los *ghettos* hay que avivarse para salir adelante sin caer a la primera.

Pero la Gilling estaba firmemente decidida a hacerse notar del productor, fuera como fuese.

Y a Karl le hizo gracia la salida.

Tanto lo celebró que, efectivamente, se disculpó con Marilyn y cambió de pareja.

Entonces fue cuando se le acercó John Locke.

¡Qué tipo tan desagradable el tal Locke!

Se sabía guapo, y explotaba el físico.

¿También a la caza de una oportunidad?

No, porque Locke ya pasara por el *plató* y demostrara ser un fracaso.

Sin embargo, conservaba un extraño gancho para que Karl continuara invitándolo.

¿Cómo?

Eso, Marilyn ya no lo sabía.

Pero sí sabía que el tal John Locke no le gustaba. No le había gustado nunca.

Tenía que preguntarle a Karl por qué seguía llevándolo a sus fiestas.

John se acercó a ella, y, sin mediar palabra alguna, la enlazó por el talle y la pegó a su cuerpo gastado por toda clase de excesos.

—Yo te consolaré, preciosa.

Consolarla.

El simple hecho de que John Locke admitiese el desaire, ya la humillaba todavía más.

—Estoy cansada, John. Suéltame —pretendió desprenderse de los tentáculos que la ceñían atrevidamente.

Pero el guapo Locke era demasiado vanidoso para reconocer que su proximidad ofendía a una mujer.

—Holden subirá por las paredes cuando te vea bailando conmigo, nena: soy más joven que él... y más atractivo, indiscutiblemente.

Marilyn clavó los pies en el suelo, resistiéndose a seguirle.

—¿Quieres soltarme?

—¿Va en serio?

—Completamente en serio.

—Eres tonta, muñeca: hombre por hombre, sales ganando si la Gilling se lleva a Karl.

—Déjame en paz, John.

—Estás furiosa, reconócelo.

—Estoy hasta las narices de ti y de tu estúpida presunción.

—¿Me has mirado bien?

—Estás más visto que la cebolla.

John la ciñó un poco más.

Era un necio y estaba completamente convencido de su irresistible atractivo varonil.

Metió la cara en la de ella.

—Déjame entrar esta noche en tu camarote... y te demostraré quién es

John Locke.

—Demuéstraselo a tu tía, estúpido.

Marilyn dio un brusco tirón dispuesta a soltarse, pero el hombre la estrujó contra él.

Fue demasiado.

A Marilyn le gustaban los hombres y no pretendía presumir de doncella casta.

No. Desde lo de Peter Stone, su honestidad dejaba mucho que desear, ciertamente.

Pero a Locke no lo soportaba. No se lo admitía el cuerpo. Era un tipo que le daba asco.

Con toda su figura de galán, con su atractivo empalagoso... Incluso prefería al barrigudo Terence Davis.

Hizo acopio de energías y resolución y le dio un bofetón que atrajo sobre ellos todas las miradas.

Glenda bailaba con Mark, el detective privado sobrino político de Karl.

Hellen Holden bebía con Davis, sentados en sendos taburetes, allá en el bar.

Todos interrumpieron lo que hacían para mirarlos.

Locke, sintiéndose en ridículo, pretendió tomarlo a broma y rió sonoramente intentando arrastrar a los demás a la hilaridad.

Pero fue lo suficientemente imprudente para olvidarse de soltar a la muchacha que se debatía entre sus brazos... Y un segundo bofetón le quitó las ganas de reír.

Para entonces, ya Karl se había decidido a tomar cartas en el asunto.

Soltó a Hilda Gilling y se acercó a ellos, arrancando a Marilyn de los brazos de su pareja.

—¡Eres un estúpido, John! Nunca sabrás dónde termina una broma y comienza una impertinencia.

Los ojos negros de Locke centellearon.

—No te metas en esto, Holden: No es asunto tuyo.

Lo era.

Lo sabían todos.

Marilyn le pertenecía, y no estaba dispuesto a consentir que un chulo la manoseara.

Agarró a Locke por un brazo y lo zarandeó violentamente.

—Vete a dormirla, John. ¡Rezumas alcohol hasta por las orejas!

Mark Reynolds intervino, separándolos:

—Vamos, vamos, tengamos la fiesta en paz.

Al final, Locke abandonó el salón. Hilda Gilling se llevó e nuevo a Karl y ella, Marilyn, fue acogida por Glenda y Mark, que se la llevaron al sofá.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Glenda.

No, Marilyn no se encontraba nada bien. Quizá fue entonces cuando le inició aquel horrible dolor de cabeza. Cosa de nervios, posiblemente. O exceso de champaña.

Total: que todo se confabulara para estropearle la noche.

—Me duele la cabeza —confesó, llevándose las manos a las sienes ardorosas.

—Si quieres retirarte, te acompaño —se le ofreció la doble.

—No, Glenda, gracias. Ya di bastante la nota esta noche.

—No fue tuya la culpa.

—No me gusta ese John Locke —comentó Mark, que fumaba de pie ante ellas dos.

Marilyn le miró con ojos agradecidos.

—¿Verdad que es un indeseable? —preguntó, satis; fecha de que alguien compartiese la opinión que le merecía Locke.

Mark, que fumaba con expresión pensativa, dejó escapar:

—No comprendo por qué le invita Karl.

—Sus razones tendrá. Ya sabes que Karl no hace las cosas sin un fin determinado.

Cierto.

Los que le conocían bien, podían decirlo.

—Me gustaría saberlo —insistió Mark.

Y a Marilyn quien le gustaba era Mark.

Un hombre no tan guapo como Locke, pero mucho más varonil.

No era excesivamente alto, aunque sí tenía una talla bastante aventajada. Complexión fuerte, robusta. Y una gran flexibilidad de movimientos adquirida con la práctica de los deportes.

Así estaba el hombre, que tenía unos músculos de acero, sin un simple átomo de grasa en su esbelto cuerpo.

De facciones varoniles agradables, ojos grises de mirar recto, expresión alegre... Cabeza morena, tez bronceada...

El smoking negro le caía a maravilla.

Marilyn continuaba pensando que Glenda era una chica afortunada contando con la atención de un hombre como Mark Reynolds.

Desde que embrearan, casi siempre les vio juntos a los dos.

¿Habría algo entre ellos?

Eso ya no lo sabía Marilyn.

Glenda era tan reservada, tan callada, que jamás hacía confidencias. Ni sobre Mark ni sobre ningún otro.

Lo que Marilyn sabía de la doble era lo que conocían todos: Que era soltera.

Que vivía con sus padres.

Que antes de dedicarse al cine trabajaba de azafata en una agencia de

viajes...

Fue en un concurso que consiguió convertirse en la doble de Marilyn Robson.

Y a partir de entonces trabajaron juntas.

Se llevaban bien.

Glenda era una chica discreta y no demasiado ambiciosa. Hubiera podido convertirse fácilmente en estrella, a poco que se le propusiera.

Pero no parecía dispuesta a proponérselo, y se contentaba con ser la doble de la mujer que, siendo tan idéntica a ella, ganaba mil veces más y se llevaba todo el mérito y todos los halagos, mientras a ella le quedaban los trabajos pesados, las incomodidades, y no pocas veces los peligros.

—Tú eres detective, Mark —sonreía Glenda en aquel momento, buscando en la altura

del hombre—, ¿Por qué no lo intentas?

—Al subir a bordo me propuse olvidar quién soy: Mi médico no cesa de repetirme que necesito descansar.

—No se puede ser famoso...

Marilyn les escuchaba, sin intervenir en la conversación.

En realidad, apenas se enteraba de lo que hablaban. Tan aturdida estaba.

En un momento sus ojos tropezaron por casualidad con los de Hellen Holden, que continuaba en el bar, acompañada por el gordo Terence Davis.

La esposa de Karl la odiaba.

¡Si lo sabría Marilyn...!

Aquellos ojos pálidos, acerados, permanecían fijos en ella como si desearan matarla.

Hellen era una mujer poco agradecida.

Las malas lenguas aseguraban que Karl Holden se casara con ella por

su dinero.

Tal vez fuese cierto, porque la verdad es que a Karl jamás se le viera entusiasmado con su esposa, y, en cambio, no se molestaba en disimular sus relaciones con otras mujeres.

Con Marilyn, por ejemplo.

En aquel momento, Terence Davis le decía algo y Hellen se volvía para atenderle.

Vestía un elegante modelo blanco bordado en cristal.

Pero era demasiado bajita para realzarlo.

No, no era una mujer capaz de despertar una pasión.

Y todo el mundo sabía lo apasionado que era Karl Holden.

En todo.

Un tipo temperamental.

Ambicioso..

Sin escrúpulos.

Un luchador.

A los cincuenta y cinco años estaba en la cúspide de la fama y, aun cuando no faltaba quien asegurase que sus últimas películas le costaron dinero, continuaba teniendo el mismo ascendiente entre las mujeres que diez años atrás, cuando ganara el «Oscar». En cuanto a Terence Davis, su socio, resultaba un hombre todo lo vulgar que no era Karl Holden: tripudo, calvo...

Pasaba completamente desapercibido.

Se murmuraba que Holden le estaba arruinando, pero a él no parecía importarle con tal de participar de su fama y de sus éxitos.

Davis era un tipo incapaz de hacer nada por sí mismo. Ni atractivo, ni inteligente.

Cuando vino al mundo, se lo encontró todo hecho; y continuaba con la misma táctica por simple comodidad.

CAPITULO II

Fue bastante después, cuando ya todo el mundo se había retirado a descansar, que se oyeron voces airadas en el camarote de los Molden.

Hellen y Karl reñían violentamente. A ella se le oyó sollozar..

Marilyn terminó por sentirse mal.

Continuaba doliéndole la cabeza horribilmente, y tenía los nervios destrozados.

Se había dejado caer sobre la cama, sin desvestirse.

Los gritos histéricos de la Holden se le clavaban en los sesos.

Sin pensarlo más, saltó de la cama y salió del camarote, subiendo a cubierta.

El aire fresco de la noche le alivió.

Menos mal. Hubiera un momento en que creyó que la cabeza iba a estallarle.

Y ahora estaba aquí, recostaba sobre la borda, contemplando el mar en calma, la blanca estela de espuma que el «Ursus» iba dejando tras de sí...

Debía ser muy tarde.

Como las dos o las tres de la madrugada.

De pronto, Marilyn sorprendió una sombra que se deslizaba cautelosamente en dirección a la borda, frente a ella.

Quien fuese aquella persona, no la había visto y procedía a arrojar al mar el bulto que cargaba a las espaldas.

Se oyó el chapoteo al hundirse en el mar... Pero Marilyn observó, asombrada, que apenas se lo tragó el agua volvió a resurgir, quedando a flote.

Tal vez era lo que esperaba comprobar el desconocido, porque, una vez hubo advertido que el paquete flotaba, giró dispuesto a retirarse de nuevo, protegido por la oscuridad de la noche.

Y entonces fue cuando descubrió la figura femenina inmóvil unos

metros más allá.

Es decir, se descubrieron mutuamente, porque en aquel preciso momento la luna surgía tras unas nubes y su resplandor iluminó suficientemente la cubierta del «Ursus» para que los dos consiguieran identificarse.

—Señorita Robson...

Marilyn no dejó de sorprenderse.

Se trataba de Li-Chang, el cocinero chino de a bordo, qué se doblaba en humilde reverencia ante ella.

—Buenas noches, Li-Chang. ¿Qué hace usted?

—Tirar la basura, señorita.

—Ah. ¿Ha visto? La bolsa quedó flotando...

—Sucede siempre, en el primer momento. Yo creo que es debido a los envases de plástico que van dentro.

—Tal vez. Li-Chang, quiero felicitarle: cocina usted de maravilla.

—Honor que usted me hace, señorita.

—Escuche... ¿Por qué no nos prepara unos espaguetis o raviolis a la napolitana? Como buena italiana, me chiflo por las pastas.

—Lástima que no lleve a bordo nada de eso, señorita Robson... Pero tan pronto toquemos tierra, lo tendré muy en cuenta, pierda cuidado.

—Cuenta con mi agradecimiento.

—Señorita Robson...

—Diga, Li-Chang.

—¿Qué hace usted levantada tan tarde? ¿No se encuentra bien?

—Me duele la cabeza, por eso salí a respirar un poco de aire fresco. Pero ya me retiro.

Buenas noches, Li-Chang.

—Buenas noches, señorita Robson. Deseo que se alivie.

—Gracias.

Marilyn regresó a su camarote, mientras el chino, desaparecía por la escalera de popa.

Una vez en el camarote, procedió a buscar un analgésico.

Tenía que haber comenzado por ahí, pero no se le ocurrió.

Miró en el neceser y en el bolso, sin encontrar lo que buscaba.

¡Seguro que se había quedado en casa el tubo de las aspirinas!

¿Y ahora? ¿Llamaría a una de las enfermeras?

No... Ya estarían durmiendo y no les iba a gustar.

Se las pediría a Glenda.

Tal vez estuviese levantada todavía, puesto que, al pasar por delante de su camarote, había visto luz a través del ojo de buey.

No lo pensó dos veces. O recurría a Glenda o aquel dolor de cabeza iba a tenerla desvelada toda la noche.

Y, al día siguiente, Karl se pondría furioso con ella viéndola ojerosa y descolorida.

No, no resultaba fácil ser una estrella. Nada fácil.

Siempre esclava de mil cosas, le agradasen a una o no.

Cierto que se ganaba mucho dinero, se hacía una famosa... Pero ¿y qué, a final de cuentas? ¿Valía la pena?

Marilyn pensaba que no, con demasiada frecuencia. ¿Era ella feliz, después de todo?

Pues no estaba tan segura de poder afirmarlo. Lástima no poder volver atrás, desandar lo andado... Pero estaba atrapada y no había escapatoria posible.

No, no la había.

¡Si hasta los zapatos le molestaban! Con aquellos tacones tan altos y tan descalzos y tan ligeros... No aguantaban el pie ni nada. Ella no había nacido para esto, por supuesto que no. Lo suyo era andar

descalza o, todo lo más, con unas cómodas y prácticas sandalias.

En un acceso temperamental, se descalzó, tirando por el aire los costosos zapatitos plateados. Hala, allá iban, cada uno por un lado.

¡Qué alivio!

Por primera vez en toda la noche comenzaba a sentirse a gusto.

¿Y el vestido? Tan ceñido como una segunda piel, tan incómodo...

¡Hala!, también. Se lo quitó de cualquier forma, con peligro de rasgarlo, y lo dejó en el suelo, como un trapo. Si el famoso modista Antoine lo viese, lloraría desconsolado. ¿Y

qué? Con lo a gusto que Marilyn se sentía ahora, solamente con la braguita de blonda, mi-núscula, y el sostén haciendo juego.

¡Qué alivio otra vez!

Buscó en el armario una bata ligera y se la vistió, ciñéndosela a la cintura desnuda.

¡Esto sí que era vida! Descalza, casi en cueros...

Salió al pasillo sin importarle el desorden que dejaba a sus espaldas.

Instantes después llamaba suavemente en la puerta marcada con el número tres, contigua a la suya.

—Glenda, ¿duermes?

No, Glenda no dormía.

Pensaba.

En los planes que tenía para sus padres y para ella, tan pronto consiguiera reunir el dinero suficiente para comprar la granjita que les hacía ilusión.

Los papás no acababan de acostumbrarse a Los Angeles. Demasiado grande para ellos, que eran personas sencillas, de origen campesino.

Estaban allí por ella, por la hija, para ayudarla a hacerse un porvenir.

Pero todos sus pensamientos volaban constantemente hacia la buena tierra del Gran Valle, donde habían nacido y donde quedaban todavía

muchos Silver cuidando sus naranjos y sus hortalizas.

A Glenda no le gustaba el cine.

Había sido una oportunidad para ganar dinero, pero estaba deseando acabar con todo aquello.

Lo sentía por Mark Reynolds.

Mark le gustaba. Incluso era muy posible que estuviese algo enamorada del sobrino de los Holden..., pero sabía también que Mark Reynolds estaba demasiado alto para ella.

La buscaba, cierto.

Pero ella no se hacía ilusiones.

Los hombres siempre van detrás de alguna mujer. Hoy ésta, mañana aquélla...

Y allí, a bordo, no había demasiado donde elegir.

Sobre todo teniendo en cuenta que Marilyn, la estrella, era cosa de Karl Holden.

Mark tenía que escoger entre la histérica Hilda Hilling... o ella misma.

Y, la verdad, Hilda Gilling estaba demasiado ocupada tratando de conquistar a Karl para desperdiciar su tiempo con el sobrino, por mucho que le aventajase en juventud y atractivo. Eso, a la Gilling le tenía sin cuidado; lo único que le importaba de momento era conseguir un papel en el nuevo film de Holden y Davis.

Así que... a Glenda no le quedaba otro remedio que reconocer que no eran sus posibles encantos ni su personalidad la razón del acercamiento de Mark Reynolds.

Pero tampoco se lo tenía en cuenta. Lo aceptaba igual, con el mismo agrado que si Mark la escogiese entre otras mil muchachas, todas bellas y seductoras.

* * *

Saltó de la cama para venir a abrir la puerta.

Vestía un camisón cortito, azul, de finas hombreras, sobre el cual se puso la bata vapososa, llena de encajes y volantes.

Mucha de su ropa había pertenecido antes a Marilyn. No la humillaba aceptarla. Era

un ahorro más, que le permitía acercarse a la meta señalada.

—¿Tú? ¿Te ocurre algo? —preguntó alarmada, advirtiéndole el semblante ojeroso de la actriz.

—El dichoso dolor de cabeza... ¿Tienes una aspirina? Yo me dejé las que tenía en tierra.

—Creo que sí.

Marilyn se había colado ya en el camarote de la doble. Era igual que el suyo, solamente que se veía mucho más ordenado.

Mientras Glenda buscaba en su neceser, sobre el tocador, Marilyn se dejó caer encima de la cama.

—Te digo que estoy medio loca con esa jaqueca.

—Ya encontré las aspirinas. ¿Te pongo una o dos? —Glenda fuera resueltamente hacia el cuarto de baño y regresaba con un vaso mediado de agua.

—Dos.

—Bebe.

—Gracias... —Marilyn se incorporó a medias para beber.

—Puedes llevarte el tubo, por si las necesitas... —indicó Glenda.

—Jamás tuve un dolor de cabeza como éste —volvió a dejarse caer sobre la almohada, cruzando un brazo sobre los ojos cerrados.

—Algo te habrá sentado mal.

—Sí, eso debe ser.

Glenda retornó al cuarto de baño, en cuyo interior se perdió.

Estando allí todavía, le llegó de nuevo la voz de la estrella.

—Hallen y Karl estuvieron discutiendo... ¿les oíste?

—Haría falta ser sordo para no oírles.

—¿Por qué habrá sido esta vez?

Glenda se encogió de hombros.

Lo suponía.

Pero no le importaba.

No era su problema que Hellen Holden odiase a Marilyn Robson como antes había odiado a todas las estrellas que trabajaban para su marido. Hellen tenía la obligación de estar ya acostumbrada a las infidelidades de Karl.

Lavó el vaso y lo secó, dejándolo en su sitio, dentro del armario metálico.

Se pasó el cepillo por los cabellos... pensando siempre en lo mismo: Marilyn, los Holden, Hilda Gillmg...

No, no le gustaba el ambiente en que se movía. Deseaba terminar cuanto antes con todo aquello y regresar al Gran Valle con los suyos.

Volvería la espalda a Los Angeles sin el menor sentimiento. No dejaba allí nada que despertase su añoranza.

Si acaso... un poco Mark Reynolds.

Pero hasta Mark Reynolds pertenecía a un mundo que no era el suyo.

CAPITULO III

A bordo no se madrugaba.

Los camareros preparaban las mesas para el desayuno, bajo el entoldado de cubierta.

El sol estaba ya bastante alto y hacía calor.

Era una hermosa mañana de finales de julio.

El mar continuaba en calma.

En su camarote, Hilda Gilling buscaba el bikini con idea de invitar a todo el mundo a zambullirse en pleno océano. Tenía que hacer algo para llamar la atención de Karl Holden. Lo que fuese. Holden todavía no la había visto en bikini. Que se diera cuenta que no era una exclusiva de Marilyn Robson poder presumir de redondeces.

Pero el bikini no aparecía.

¡Maldito fuese! Seguro que, con las prisas, se le olvidó meterlo en la maleta.

¡Nada! Ni rebuscando aquí y allá lograba encontrarlo.

¿Se lo habría robado alguna camarera? ¡Las muy...!

El camarote número uno no se diferenciaba en nada de los otros. Todo allí era lujoso, cómodo, acogedor. Con cierto sello extravagante.

El «Ursus» pasaba por ser uno de los yates más sorprendentes de los matriculados en el puerto de San Pedro.

Un auténtico palacio flotante.

Contemplantlo iluminado en medio de la noche, ya era de por sí todo un espectáculo deslumbrante.

Cuando Hilda se cansó de buscar sin resultado, se tiró de los cabellos. Cosas así solamente podían ocurrirle a ella, maldita fuese.

¿Y ahora, qué diablos hacía ahora? ¿iba a renunciar al numerito?

Por supuesto que no.

Echó una mirada sobre la imagen que le devolvía el espejo del armario empotrado...

Vio una muchacha con una buena planta. Bastante alta, quizá un poco metida en carnes...

No se le ocurrió reconocer que su aspecto resultaba bastante ordinario, con aquella abundancia de magra en determinadas redondeces.

Tenía, eso sí, una hermosa cabellera teñida de rubio platino, que en aquel momento se le desparramaba sobre los hombros desnudos, suave y sedosa.

Mirándose, se sintió lo suficientemente complacida de sí misma para adoptar la resolución de llevar adelante sus planes, fuese como fuese.

No tenía bikini, verdad. Pero estaba dispuesta a proporcionarse uno. Tal vez Marilyn había sido más precavida y llevara repuesto...

No es que le gustase mucho recurrir a la estrella, pero el fin justificaba los medios.

Salió al pasillo y llamó en la puerta marcada con el número cinco.

Nadie le respondió.

—Debe estar dormida todavía. Pero yo la despierto, ¡qué caramba! —dijose a sí misma, golpeando la puerta con algo más de energía.

—¡Marilyn, abre! Soy Hilda...

Su mano se cerró sobre el pomo, haciendo girar el picaporte... Y entonces la puerta cedió espontáneamente.

—¡Vaya, pensé que dormías! —comentó al tiempo de irrumpir en el camarote.

Por los ojos de buey entraba la suficiente luz para iluminar la habitación.

Hilda miró ante sí.

—¡Marilyn! —llamó descubriendo la cabellera rubia de la estrella desparramada sobre la almohada—, ¿Duermes?

Ya estaba a la altura del cuerpo casi totalmente cubierto por las sábanas.

Se reclinó un poco y retiró el embozo, dejando al descubierto el rostro femenino

—Marilyn...

Quedó aterrada al contemplar aquel bello rostro sin vida, la boca entreabierta, por una de cuyas comisuras se escapaba un hilo de sangre...

Comenzó a gritar despavorida, presa de un ataque de nervios. Mordiéndose los puños apretados, llevándose las manos a la cabeza...

No sabía lo que hacía.

Estaba allí, al costado del lecho sobre el cual descansaba el hermoso cuerpo inanimado de Marilyn Robson, el último hallazgo de Karl Holden. Una chica horas antes llena de vida, de belleza, de vitalidad. Y ahora... un cuerpo muerto, nada.

En pocos minutos fueron entrando en el camarote todos los demás invitados.

Karl, Hellen, Glenda Silver, Mark Reynolds, Terence Davis...

El último en presentarse fue John Locke.

Pero todos ellos llegaban tal como los gritos de Hilda les sorprendieron: - en pijama o a medio vestir.

—¿Qué diablos ocurre, Hilda?

—¿Qué significan esos gritos?

—¿Qué pasa?

Todo se volvían preguntas, alarmados por el ataque de histerismo de la muchacha.

Hilda se limitaba a señalar con el brazo tendido el cuerpo inanimado de Marilyn Robson.

No hubiese logrado pronunciar una sola palabra aunque en ello le fuese la vida.

Fue Karl el primero en aproximarse y tocarla.

—Está muerta —declaró horrorizado, volviéndose hacia los demás.

Un estremecimiento helado les sacudió a todos.

—¿Muerta?

—¿Cómo es posible?

Mark se adelantó y apartó las ropas del lecho. El corazón se le encogió y un nudo de angustia atenazó su garganta. Poco faltó para que también él, como Hilda, empezara a gritos. Se contuvo a fuerza de mucha voluntad, pero se contuvo.

Marilyn tenía un tiro en el pecho, a la altura del corazón. La muerte había tenido que sorprenderla en un sueño del que ya no iba a despertar.

Mark giró el cuerpo inanimado, comprobando que la bala la había atravesado de parte a parte. Tenía que estar todavía hundida en el colchón.

—Han tenido que disparar con silenciador —comentó, acostumbrado como estaba con toda clase de escenas como aquella.

Volvió a cubrir piadosamente el cuerpo de la estrella con las ropas de la cama y,

volviéndose, se encaró con el impresionado grupo: Había en sus ojos una expresión indefinible, mezcla de pesar, de dolor, de coraje y odio.

De fría decisión.

—¿Nadie oyó nada?

No, nadie había oído nada. Después de una juerga, todo el mundo duerme profundamente.

Menos el asesino, al parecer.

Karl se mostraba muy impresionado.

Se mesaba los cabellos revueltos, alisándolos con las manos.

—Mark, muchacho... Ocúpate de esto. Lamento estropear las vacaciones, pero... peor ha sido para la pobre Marilyn.

Hellen echó sobre él una mirada feroz. ¿Es que ni siquiera por respeto a ella, la esposa, se molestaba Karl en ocultar su torpe pasión por aquella maldita muchacha?

Karl tenía lágrimas en los ojos y el semblante sin gota de sangre.

Pero en realidad no estaba más afectado que los otros.

Glenda sollozaba nerviosamente, con los ojos secos.

Hilda continuaba gritando, en pleno ataque de histerismo.

Terence Davis movía la cabeza apesadumbrado.

John Locke se mordía el labio inferior...

Después de echar una mirada sobre todos ellos, Mark suspiró hondo, adoptando una resolución:

—Bien, Karl, me ocuparé del asunto si ése es tu deseo.

—Sí, muchacho.

—Hay que averiguar si el caso compete a las autoridades mexicanas o a las de California.

Karl se mostró muy irritado:

—¿Qué diablos van a meter las narices en mi barco esos gringos?

—Todo depende de la altura a que navegamos. De momento ordena al capitán parar las máquinas —insistió Mark.

Las espesas cejas del productor formaron un tormentoso rechazo.

—¿No te digo? —barbotó.

Pero el detective se adelantó a sus palabras:

—Acabas de pedirme que lleve el caso, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces tienes que seguir mis instrucciones. Todos tenéis que seguirlas, mientras no suban a bordo las autoridades competentes. Como primera medida os recomiendo que os vistáis y os presentéis en el salón. Yo cerraré con llave la puerta de este camarote.

Nadie está autorizado a entrar aquí, ¿entendido? —concluyó, tomando buena nota del orden que reinaba en la habitación: el elegante vestido que Marilyn luciera la noche anterior se veía sobre una butaca; las sandalias, a sus pies...

Hilda continuaba gritando histéricamente.

Mark se acercó a Glenda, que sollozaba en silencio.

—Por favor..., ¿quieres hacerte cargo de Hilda? Hazle tomar algo para que se tranquilice o terminará por volvernos locos a todos con sus gritos.

Glenda asintió con la cabeza.

—Y tú... procura serenarte también —le habló más suavemente Mark, advirtiendo la dramática sinceridad de su dolor—. Por... por mi parte te prometo que no descansaré hasta descubrir al asesino de la pobre Marilyn —concluyó roncamente.

—¿Ya sabes que se trata de un asesino, necesariamente?

Todas las miradas se clavaron en John Locke, que fuera el que había hablado.

También la de Mark, por supuesto.

—No —respondió—. Eso habrán de aclararlo las investigaciones que se realicen.

A través del acento glacial que empleaba para dirigirse a Locke, se advertía claramente la poca simpatía que el ex actor le inspiraba.

John era el único de los presentes que se presentó más correctamente vestido. Ciertamente iba en mangas de camisa, pero ya estaba afeitado y peinado, mientras todos los demás tenían todavía cara de sueño.

—A bordo viajan mujeres con suficientes motivos para desear la muerte de nuestra bella Marilyn Robson... —dejó caer todavía Locke, consiguiendo que Hellen, Hilda y Glenda le mirasen nada tranquilas.

—No te preocupes, John: Deja esa tarea al Departamento de Homicidios. Es lo suyo.

John sonrió cínicamente:

—No pretendo pisarte el terreno, investigador.

—Tampoco te lo consentiría.

Karl se dio cuenta que la tirantez iba en aumento.

—Bueno, bueno, no es momento para sutilezas. Hay que hacer lo que dice Mark: Regresad todos a vuestros camarotes y terminad de vestirlos. La cita es en el salón, ya lo sabéis.

—Tú habla con el capitán, Karl.

—De acuerdo, Mark. ¡Hale, fuera de aquí todos! —les empujó en dirección al pasillo.

Se quedó acompañando a Mark mientras éste cerraba con llave la puerta del camarote.

—¿Qué... piensas?

—Es pronto para hacer deducciones, Karl.

—¿Quién pudo haber sido?

—Lo ignoro. Todos.

—¿Locke, tal vez?

—¿Por qué él?

—Recuerda la escenita de anoche. Un tipo de su calaña no perdona fácilmente el ridículo.

—Para matar a una persona se necesita mucho valor, Karl.

—¿Y bien?

—No creo que Locke lo tenga.

—Es un tipo sin escrúpulos.

—A veces los tipos sin escrúpulos son incapaces de sostener en la mano una pistola.

—A Locke le gustaba Marilyn, eso lo sabemos todos.

—Mira, Karl: sospecho que todos los que estamos a bordo podríamos encontrar alguna razón para desear la muerte de tu estrella Y no quiero decir con esto que seamos todos unos asesinos.

Avanzaba por el pasillo, en dirección al camarote número cuatro, que era donde se

alojaba Mark.

Abrió la puerta, dispuesto a perderse dentro. Pero el productor le detuvo todavía:

—Mark, muchacho...

—Dime.

—Me disgustaría mucho... ver a tu tía mezclada en todo este feo asunto.

—No puedo evitarlo, Karl: Todos estamos metidos en él hasta más arriba de las orejas.

Ella, yo, tú... y cuantos viajamos a bordo. Sin excluir la tripulación, por supuesto.

—Pero Hellen... Bien, supongo que entiendes lo que pretendo decir. Hellen... estaba celosa de Marilyn. Y eso... tampoco lo ignora nadie.

—A ver si sabes decirme de quién es la culpa —acusó secamente.

—Mía, ya lo sé. Pero ¿qué quieres, muchacho? Ya me conoces...

—No mereces la mujer que tienes, Karl.

—Lo sé, lo sé.

—Todo lo que eres se lo debes a tía Hellen, que puso su fortuna en tus manos, incondicionalmente. La pobre tonta no sólo te entregó todo su amor sino que además te dio su dinero. ¿Qué más quieres pedirle?

—Mark, estoy intentando... hacer algo por ella al rogarte que no la mezcles en este feo asunto.

—No depende de mí. Lo sabes de sobra.

—Yo... pienso que pudo haber sido Hellen, Me aterra que llegue a descubrirse.

—Mira, Karl Quiero a tía Hellen posiblemente mucho más de lo que tú puedas quererla... Pero, si ella mató a Marilyn, no podrá librarse de pagar su culpa. Por doloroso que resulte para mí. Y ahora te ruego que te retires: Tengo que terminar de vestirme... o seré el último en presentarme en el salón.

—De acuerdo, muchacho. Te agradeceré que no menciones el tema de esta conversación delante de tu tía.

—No necesitas advertírmelo.

CAPITULO IV

Una vez comprobado que el «Ursus» navegaba todavía frente a las costas californianas, se pararon las máquinas y el hermoso yate permaneció al paio.

Mark había reunido en el salón a todos los pasajeros, incluidos el capitán y la tripulación.

—Me interesa averiguar en primer lugar quién fue la persona que vio a la señorita Robson por última vez.

Casi todos coincidieron al declarar que vieron por última vez a

Marilyn cuando se deshizo la reunión.

Solamente Li-Chang, el cocinero de a bordo, y Glenda levantaron la mano, dando a entender que tenían algo especial que declarar.

Pero la doble la bajó apresuradamente.

—Habla tú, Glenda —se le acercó Mark, que era el único que permanecía en pie.

Glenda se había vestido pantalones blancos y sweter a rayas rojas y blancas. La misma ropa con que había embarcado el día anterior.

Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. Como era su costumbre cuando las circunstancias no le exigían cambiarla.

En su bello semblante se advertían las huellas de la violenta conmoción que tanto la afectara.

Glenda alzó los hombros y negó con la cabeza. —¿Viste a Marilyn después de que nos hubimos retirado todos?

Nueva negativa, si cabe con mayor énfasis aún que la vez anterior.

—Alzaste la mano...

Glenda negó por tercera vez.

—¿No alzaste la mano?

Otra negativa. Sin palabras.

—Está bien —Mark le puso una mano sobre un hombro.

Ella soltó un grito que les erizó a todos los cabellos. —Caramba, chica, podías avisar,

¿no? —se quejó John Locke.

Mark se volvió hacia el chino:

—¿Qué nos dice usted, Li-Chang?

—Yo vi a la señorita Robson sobre cubierta.

—Explíquese.

—Subí a cubierta para arrojar al mar los desperdicios, como hago

todas las noches, cuando navegamos. —¿Qué hora era, más o menos?

—Suelo hacerlo cuando los señores se han retirado a sus camarotes. No miro el reloj.

Mark procuró recordar...

—¿La una?

—Es posible, señor.

—¿Estaba vestida del todo?

—Sí, señor.

—¿Puede describir su ropa?

—Llevaba un traje muy elegante que brillaba mucho...

—¿Habló con usted?

—Sí, señor.

—¿Qué le dijo?

—Que había salido a tomar el aire porque le dolía mucho la -cabeza.

—¿Qué más?

—Pues... alabó mi cocina y me pidió que les ofreciese en alguna ocasión *spaguettis* o *raviolis* a la napolitana. Comentó también que, como buena italiana, le gustaban mucho las pastas.

—¿Algo más?

—No recuerdo. Creo que no.

—¿Advirtió usted algo especial en su conducta, algo que le llamase la atención?

—No, señor.

—Está bien; gracias.

—A sus órdenes, señor.

Mark se tomó una breve pausa para ordenar las ideas.

Luego se situó de nuevo en el centro del corro, y dijo:

—Parece demostrado que la última persona que vio con vida a Marilyn fue Li-Chang...

sin contar al asesino, claro está. Tal vez la esperaba dentro de su camarote... ¿Nadie oyó nada?

—No —fue la respuesta general.

—Locke, tu camarote es el número uno, ¿verdad?

—No. Es el siete.

—¿Tampoco oíste nada?

—Acabo de decirlo. Y recuerda que me retiré mucho antes que vosotros.

—¿Y bien?

—Tan pronto pongo la cabeza sobre la almohada, que quedo como un leño. Ni siquiera os oí cuando os retirasteis.

Mark se volvió hacia el grupo que formaban los Molden acompañados por Davis.

—¿Y vosotros?

Los tres respondieron negativamente. No protestaron por hacérselo repetir.

—Es decir, que nadie oyó nada anormal después de cerrarse las puertas... ¿Es así?

No, no era así. Todos oyeron perfectamente discutir a los Holden, pero les violentaba confesarlo.

El cambio de miradas de unos y otros fue suficientemente elocuente para que Mark no interpretase su significado.

—Está bien —dijo, haciéndose el desentendido—. Continuaré interrogándoles a todos más tarde. Ahora echaré un vistazo al escenario del crimen. Capitán, le ruego que me acompañe como máxima autoridad a bordo.

Karl Holden saltó de la butaca como si le pincharan.

—¿Y yo? ¡El barco es mío! —protestó, con expresión turbulenta.

Mark le detuvo con el ademán.

—Lo siento, Karl, pero el responsable ante la ley de lo que ocurre a bordo, es el capitán.

—¿Vas a prohibirme acompañaros?

—A ti y a todos los demás. Forma parte del secreto del sumario.

Los ojos de Karl Holden llamearon.

—¿Pero qué te crees? ¿Quién eres tú para prohibirme algo en mi barco?

Por un momento pareció como si estuviese dispuesto a echarse sobre Mark.

Pero la sangre fría del investigador resolvió la situación con la oportunidad de siempre:

—Karl, atiende a tu mujer, que está a punto de desmayarse.

Efectivamente, Hellen, que se había puesto en pie como todos los demás al advertir el cariz que tomaba la escena, se desplomaba de nuevo sobre el sofá, sin gota de sangre en el semblante.

Holden apretó los puños, reprimiéndose.

—¡Agradécele a tu tía que no te deshaga la cara, muchacho! —masculló todavía, antes de girar y volver sobre sus pasos.

Mark se abstuvo de contestar. ¿Qué podía decir? Le constaba que no sería él quien saliera peor librado de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con Karl Holden.

Se volvió hacia el capitán.

—Puede despedir a la tripulación, capitán. Les interrogaré más tarde.

—De acuerdo, señor Reynols.

—Vosotros —continuó Mark, dirigiéndose a los invitados de los Holden— será mejor que esperéis en vuestros camarotes.

—¿No podemos desayunar antes, Mark? ¡Estoy desfallecida!

La «salida» de Hilda Gilling le valió convertirse en blanco de todas las miradas y no precisamente halagadoras para ella.

—Bueno... —se turbó, advirtiéndolo—. Quizás... quizás no tenga tanto apetito como pensaba...

Vestía una blusa muy llamativa, muy escotada, y unos pantaloncitos rojos cortísimos.

Si pretendía llamar la atención, lo estaba consiguiendo, pues los hombres la miraban con ojos calientes. Sobre todo los marineros.

—Podéis desayunar y retiraros después a vuestros camarotes —dijo Mark, sin la menor amabilidad en el tono.

La Gilling palmoteo alegremente, olvidándose ya de su aire fingidamente contrito.

—¡Gracias, muñeco!

La tripulación se retiraba ya y el propio Mark se disponía a hacerlo después de dirigir a la inconsciente muchacha una dura mirada de reproche que la hizo enrojecer, cuando la voz de John Locke le detuvo:

—Un momento. Mark.

Mark giró con calma.

—Tú dirás.

No sentía la menor simpatía por John Locke y tampoco se molestaba en disimularlo, como lo demostraba la sequedad del tono en que le contestaba ahora o la expresión más bien hosca del semblante atractivo, acusadamente varonil.

Locke venía hacia él con calma, encendiendo un cigarrillo, llevándose a los labios, hablando con él en la comisura izquierda...

Era un tipo alto, apuesto, aunque bastante afectado en todos sus ademanes.

Vestía pantalones largos blancos y sweter azul brillante, de cuello de cisne.

Peinado, acicalado...

Con aquella calma estudiada, cínica, provocadora. Con aquel aire de suficiencia...

—Aclárame una duda... —dijo, después de fumar de nuevo y echar el humo con aquella indolencia que le caracterizaba.

Mark se armó de paciencia. No quería dejar traslucir la irritación que aquel tipo provocaba en él.

—Tú dirás.

—¿Nos estás acusando?

—No acuso a nadie. Pero si tienes dos dedos de frente convendrás conmigo en que el asesino está a bordo.

—Pudo haberse arrojado al mar y ganado la costa a nado.

—No falta nadie. Además, la costa queda lejos, a muchas horas de navegación.

—¿Y si se trata de un polizonte? Imagina que se ocultó en el camarote de Marilyn, y ella le descubrió cuando se fue a dormir...

—Y sigue braceando por el mar, en su necesidad de llegar a tierra firme... Como teoría

—condescendió, con una sonrisa irónica— lo tendré en cuenta al hacer mis investigaciones. Pero el olfato me dice que el asesino continúa a bordo. Y ya sabes que soy perro viejo en el oficio. Sería la primera vez que mi olfato me engañase.

—Me obligas a enmudecer: No entiendo nada de perros.

Glenda ayudaba a Karl a atender a Hellen, a cuyas mejillas iba volviendo el color. Pero no pudo evitar mirar desde allí a los dos hombres, temiendo un choque entre ellos tras el tono marcadamente ofensivo empleado por Locke.

Sin embargo, una vez más, Mark hizo alarde del extraordinario dominio que tenía de sí mismo, pasando por alto con absoluto desprecio las intencionadas palabras.

—Tengo la impresión de que entiendes de muy pocas cosas, amigo John —dejó caer únicamente, con su tono más inocente.

Y, sin prestarle mayor atención, abandonó el salón detrás del capitán.

—¿Qué opina usted, Morthon?

Morthon, el capitán del «Ursus», era un hombre rondando los sesenta.

Alto.

Fuerte.

Conservando lodo el cabello, negro, espeso.

Las cejas muy pobladas.

Los ojos grises, claros.

Tenía aspecto de buena persona, aunque resultaba en extremo reservado, casi huraño.

Evitaba mezclarse con los pasajeros, y de ordinario podía encontrarse en el puente de mando, al frente de su buque.

Permanecía junto a la puerta del camarote mientras Mark curioseaba por toda la habitación tratando de descubrir algún indicio que facilitase una pista.

—No sé qué decir, señor Reynolds.

—¿Estuvo en este camarote alguna otra vez, durante un viaje?

—No.

—¿Su opinión de Marilyn Robson?

El capitán se alzó de hombros.

—Conocí otras como ella desde que estoy al servicio del. señor Holden. Cambian los rostros nada más. Disculpe —rogó al ver la expresión que cubriera el rostro del detective—, Pero no veo razón para no ser sincero con usted. Séalo usted también conmigo: ¿Cree que la señorita Robson entró sola en el camarote?

—El orden que reina en él revela que sí.

—¿Y el asesino la esperaba dentro?

—Eso está por averiguar.

—¿Lo conseguirá?

—Intentaré conseguirlo.

—Yo me volvería loco antes de ponerlo en claro.

—Yo me volvería loco tratando de llevar este barco a un destino determinado —sonrió Mark—. ¿Qué opinión le merece su tripulación, Morthon?

—Les tengo a todos por buenas personas.

—¿Mucho tiempo en el «Ursus»?

—Suficiente para conocerles.

—¿Les contrató usted?

—No.

—¿A ninguno?

—A ninguno.

—¿Qué me dice del cocinero?

—Li-Chang es el más antiguo de todos.

—Parecía sincero...

—Toda la tripulación admiraba a la señorita Robson.

—¿Se acostumbra a tirar los desperdicios al mar?

—Es el único recogedor de basuras que existe:

Mark proseguía la búsqueda, mirando aquí y allá.

Sin éxito.

Ni una simple colilla, ni el menor rastro de ceniza, ni la huella de una pisada...

El cuarto de baño estaba completamente seco. La ropa que Marilyn llevaba puesta por la tarde había sido recogida en el cesto al efecto. Las toallas todavía estaban húmedas, pero bien ordenadas en los toalleros correspondientes.

Resultaba fácil adivinar que, antes de vestirse para la fiesta, y tras la ducha reconfortante, Marilyn se había cuidado de poner en orden el cuarto de baño.

Marilyn...

Allí estaba, cubierto por las ropas de la cama, su hermoso cuerpo sin vida.

Mark se acercó al lecho y levantó ligeramente el embozo para contemplarla una vez más.

Parecía dormida.

Ni el menor gesto de sufrimiento en el bello semblante cuya placidez resultaba conmovedora.

Solamente aquella rosa roja sobre el pecho hablando de muerte, de violencia.

Para Mark, la cosa estaba bastante clara: El asesino entró en el camarote dispuesto a matar. Marilyn, dormida, hizo su cometido más fácil: le puso al pecho el cañón de la pistola provista de silenciador y disparó a bocajarro. La fina tela de la camisa de dormir estaba quemada en torno al orificio dejado por las bala.

Ahora quedaba por averiguar quién era el asesino.

CAPITULO V

—¿Tienes inconveniente en que empiece contigo, Karl?

—Por supuesto que no.

—Bien. ¿A qué hora te retiraste anoche?

—A la misma que tú. ¿Lo has olvidado?

—Discutiste con Hellen.

—Bah, ni más ni menos que cualquier otro día. —¿Por qué, Karl?

—Por qué ¿qué?

—Por qué reñiste anoche con tu mujer.

—Invierte los términos, muchacho: Ella es la que discute siempre

conmigo.

—Pero tú le proporcionas los motivos.

—¿Qué culpa tengo yo de que tu tía sea una mujer celosa?

—Hellen te ama.

—Tonterías.

—¿De quién fue la culpa anoche?

—De Marilyn, de la Gilling... ¡yo qué infiernos sé! Le estorban todas. Me puso tan nervioso que tuve que subir a echar un trago.

—¿Quieres decir... que abandonaste el camarote? —Sí. ¿No lo había mencionado todavía?

—No. ¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

—No sé... El suficiente para subir al bar, servirme un whisky y beberlo.

—¿No viste a Marilyn?

—No.

—¿Ni a Li-Chang?

—No salí a cubierta.

—De habérsete ocurrido salir... quizás hubieses coincidido con ambos. Li-Chang declaró que fue a tirar los desperdicios después de que todos nos hubimos retirado, que podía ser la una de la madrugada. Y fue al retirarlos cuando tú y Hellen tuvisteis la pelotera...

—Es posible.

—¿No oíste nada?

—Nada. Además estaba demasiado furioso para prestar atención a otra cosa que mi mal humor.

—Karl... Piensa que en ese instante podían estar asesinando a Marilyn.

—Ojalá hubiese podido evitarlo. Una chica tan hermosa, tan llena de vida... —se estremeció—. No puedo creerlo, muchacho.

—Es terrible, desde luego.

Hallábanse en el camarote de Mark.

Al llegar, el investigador había ofrecido una butaca a Karl Holden, pero éste pronto se levantó, incapaz de permanecer inmóvil.

Karl era un hombre inquieto, nervioso.

Gesticulaba mucho, accionaba, se rascaba la barba, la cabeza, el cuello de toro...

Vestía un conjunto deportivo blanco, con camisa de seda azul marino.

No era elegante, pero resultaba bastante apuesto.

—Tengo los labios secos. ¿No hay nada para beber aquí? —miró a su alrededor.

Mark, que fumaba de pie ante él, se apresuró a dejar el cigarrillo en el cenicero, sobre la mesita.

—Perdona —fue hacia el mueblecito inglés que hacía las veces de bar, lo abrió y alcanzó un frasco y un vaso alto—. Supongo que prefieres whisky.

—Sí, siempre whisky.

Mark se lo sirvió y le entregó el vaso.

—Gracias, muchacho.

—¿Quieres seltz?

—Lo prefiero así.

Mark dejó el frasco sobre el mueble.

—Oye, Karl...

—Dime.

—¿No hay un mueble como éste en tu camarote?

—Lo hay.

—¿Por qué subiste al bar, anoche, entonces?

—Estaba vacía la botella.

—¿Cuánto tiempo me has dicho que estuviste fuera?

—Te dije que no lo sabía, que había sido el suficiente para subir a! bar, servirme el whisky y beberlo. ¿Tratas de cazarme en una mentira?

—¿Fue tiempo suficiente para que Hellen asesinara a Marilyn en tu ausencia? —no hizo caso de las últimas palabras de Karl.

Karl tardó de responder. Cuando lo hizo, tenía una expresión rara.

—¿Estás acusando a tu tía, Mark?

—Claro que no. Pero tengo la obligación de sospechar de todos.

Holden se pasó la mano por la frente.

—Hellen... estaba muy... alterada.

—Lo supongo. No olvides que os oí reñir.

—Odiaba a Marilyn.

—También odiaba a las otras, a juzgar por lo que me has contado.

—Sí.

—Y jamás intentó acabar con ninguna.

—Tengo miedo, muchacho.

—¿De qué?

—Comprende.. No quisiera ver a Hellen mezclada en un asunto tan terrible.

—Mezclados estamos todos. Kan. No te preocupes por tu mujer, que ella no es ni más ni menos sospechosa que la Gilling, Glenda, Davis.. o tú mismo.

—¿Estás de broma? —echó sobre él una mirada llameante.

—Por desgracia, el asunto no es para bromear. Karl, Al contrario: Lo ocurrido es demasiado horrible para hacer otra cosa que aunar nuestros esfuerzos y desenmascarar cuanto antes al asesino. Piensa que, si lo hacemos, es posible que Marilyn no sea ¡a única víctima.

—¿Intentas asustarme?

—¿Quién nos asegura que no llevamos a bordo, un paranoico?

—No lo creo. A Marilyn la mataron por alguna razón especial.

—¿Qué razón?

—Celos, envidia, venganza...

—Es posible. Falta por averiguar. Háblame de Hilda Gilling.

—¿Esa? —despreció—. No vale nada, ni como artista ni como mujer.

—Pues anoche parecías pensar de otra forma.

—Estaba un poco colocado.

—¿Le ofreciste un papel?

—Siempre ofrezco papeles.

—¿Le dijiste algo así: «Cuando Marilyn se pase, tú serás mi estrella»?

—No recuerdo... pero es posible.

—¿Consideras a la Gilling capaz de matar a Marilyn para ocupar su puesto?

—Es lo suficientemente necia para eso.

—Los necios no van matando por ahí. Son los desesperados y los locos.

—¿Qué me dices de los ambiciosos?

—También la ambición.

—Hilda Gilling es ambiciosa.

—Parece inofensiva.

—Tú mejor que yo sabrás que en estos casos no se puede fiar uno de nadie.

—Exacto.

—¿Y Glenda Silver?

—No... no lo creo —dejó escapar Mark, un poco a lo tonto—, Glenda es incapaz de matar un pollo —dijo, fumando de prisa.

—Glenda puede ser tan ambiciosa o más que la Gilling. Piensa que ella podría ocupar sin mucho esfuerzo el puesto de Marilyn. Es la más indicada.

—No la creo capaz —volvió a asegurar.

—¿Por qué no?

—Porque...

No pudo seguir.

Y se maldijo a sí mismo por esta incompetencia imperdonable en un investigador de su experiencia.

—Ten en cuenta que Glenda nos oculta algo. Primero alzó el brazo y luego negó que lo hubiera hecho —continuó machacando Karl.

—Lo tendré en cuenta al interrogarla.

—Pudo ser ella. Si me apuras un poco, creo que es quien sale más beneficiada con la desaparición de Marilyn.

—A Glenda no le interesa seguir en el cine.

—¿Quién te lo dijo?

—Ella.

—¿Cuándo?

—Ayer noche.

—¿La crees?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sé ver la sinceridad donde la sinceridad salta a la vista.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Y Marilyn?

—también, pero de otra forma.

—¿Cómo?

—No soy yo quien estaba siendo interrogado, sino tú.

—Alguien ha de interrogarte a ti...

—Yo sé que soy inocente. Pero ¿lo eres tú, Karl? —Lo soy.

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Puedes tú?

—No. Pero sé que yo no maté a nadie.

—Y yo sé que tampoco lo hice.

—Pudiste dar pie para que lo hiciera otra persona... —¿Piensas en Hellen o en Hilda?

Porque acabas de decirme que a Glenda no la consideras capaz...
¿Cuál de las dos te resulta más sospechosa?

—Presiento, Karl, que tratas de envolverme... de escurrirte... ¿Cuál fue la verdadera razón del jaleo que tuvisteis ayer noche Hellen y tú?

Karl dio unos pasos por el camarote. Luego se plantó ante el sobrino, alzando los dos brazos, con las manos abiertas y los dedos tensos.

Suspiró, con cansancio.

—Al final acabarás por descubrirlo, así que te lo voy a decir: le pedí a Hellen que me concediera el divorcio.

Mark no había esperado oír una cosa así. Se desconcertó.

Pero su desconcierto duró apenas unos segundos.

—¿Por qué quieres el divorcio?

—Lo quería. Ya no importa —declaró con un hilo de voz.

Karl volvió a caminar por el camarote, se acercó a la puerta, la abrió,

se acercó al ojo de buey, estuvo mirando a través de él...

—¿Estaba Marilyn detrás de ese deseo tuyo?

—Ella no sabía nada. No quise decirle ni palabra entre tanto yo no fuera libre.

—¿Pretendías... hablarle de matrimonio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque la amaba.

—¿Más que a las otras mujeres que pasaron por tu vida?

—A veces, sólo fui infiel a tu tía en las lenguas de gentes que no tenían mejor cosa que hacer que echarlas a paseo imaginando romances donde nada más existía una relación profesional.

—Tú has sido siempre un hombre sin escrúpulos, Karl.

—Si hay que elegir entre yo u otro, no vacilo. Si eso es carecer de escrúpulos, tienes razón: soy un hombre sin escrúpulos.

—¿De verdad no volviste a ver a Marilyn después de deshacerse la reunión ayer noche?

—De verdad.

—Cabe en lo posible que le hablaras de tus proyectos y ella no estuviera dispuesta a secundarlos.

—Y fui a hablarle de ellos llevando una pistola en la mano. ¿No te parece que empiezas a perder facultades? Encuentra esa arma y habrás encontrado a quien mató a Marilyn.

—Esa arma está en el fondo del mar.

—¿Cómo lo sabes? ¿La tiraste tú?

—No digas sandeces, Karl, ni pretendas pasar por un ingenuo. Habría que ser idiota para creer que el arma homicida seguía en el yate. ¿Por qué no eres sincero conmigo?

—No te mentí en nada.

—Pero me ocultas algo. Veamos... Le pediste a Hellen el divorcio. Reñisteis. Todos hemos oído vuestras voces y los lloros de Hellen. Abandonaste el camarote...

—Volví al salón y me serví whisky.

—¿Y después? Escucha, Karl: tú me ayudas a mí y yo te ayudo a ti, ¿hace? No creo que seas el asesino, pero sí creo que sigues ocultándome algo. ¿Qué es?

Karl se frotó la barbilla, se rascó la nuca.

—Fui al camarote de Marilyn.

—¿Qué hora era?

—No sé.

—Aproximadamente.

—Las dos o las tres de la madrugada. ¡Qué más da!

—¿Cómo te recibió Marilyn?

—No me recibió. No estaba.

—¿No... estaba?

—No. La cama tenía huellas de su cuerpo, pero no había sido abierta. Como si se hubiera echado encima

y levantado después, ¿comprendes?

—¿Qué hiciste luego?

—Regresé junto a Hellen.

—¿No buscaste a Marilyn?

—No. Era mejor no hacerlo. Era mejor volver arrepentido a; redil matrimonial. Quizás Hellen tenía razón, quizás Marilyn me daba sus favores a cambio de continuar como estrella de mis producciones cinematográficas...

—¿Creiste que estaba con Locke?

—Sí.

—¿Y no fuiste a comprobarlo?

—Una cosa es ser infiel a la esposa y otra muy distinta es presenciar con los propios ojos la infidelidad de la mujer que deseamos unir a nosotros por vínculos de legalidad.

—Esto nos ha traído a John Locke. Me has dicho que lo consideras un indeseable. ¿Por qué, entonces, lo invitas siempre al yate? No falta en ninguno de los viajes, parece ser imprescindible...

—Es único para sacarme de encima a moscas pegajosas...

—¿Como Hilda Gilling?

—Exactamente. Tú le has preguntado si su camarote era el número uno y te contestó

que no, que era el siete. ¿Por qué creías que era el uno?

—Le vi salir de él dos veces: la primera, al mediodía, antes de sentarnos a comer; la segunda, a la noche, antes de la cena.

—El camarote número uno lo ocupa Hilda Gilling.

—Ya.

—Lamento lo de Marilyn, Mark, lo lamento muy de veras. Pero preferiría que nunca se descubriera la identidad de su asesino.

—Porque temes que haya sido obra de Hellen...

—Sí.

—¿Y si no fue Hellen quien la mató? Pudo ser Locke...

—Yo pensé que Marilyn estaba con Locke cuando no la vi en su camarote; no es lógico creer que él la matara.

—Ni es lógico creer que hubiera ido a reunirse con Locke después de los bofetones de horas antes. Pudo seguir en cubierta, donde la había dejado Li-Chang..

—De todas formas, Mark... ¡Maldito sea! —paseó agitadamente—. ¡Docenas de veces hemos salido al mar y nunca ocurrió ningún contratiempo! ¿No se puede echar tierra al asunto y presentar la muerte de Marilyn como un accidente fortuito?

—¿Con quién de chivo expiatorio?

—¡Rayos, no lo sé!

Y con este exabrupto casi aún en los labios, Karl Holden volvió a acercarse a la puerta, la abrió y desapareció pasillo adelante.

Mark le dejó ir.

CAPITULO VI

Con Hellen, Mark atacó de frente:

—¿Vas a divorciarte de Karl?

Ella esbozó una mueca que trataba de ser una sonrisa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sé que te pidió la libertad.

—¿Lo sabes? ¿Porque ayer noche nos oíste reñir? Sacas conclusiones muy alegremente, sobrino.

—Me lo contó Karl.

—Ah —la turbación de Hellen se deshizo en un tenue rubor—, ¿Y te contó también que, a las pocas horas, me pidió que lo olvidara, que había sido una chiquillada?

A Mark, el horario empezaba a interesarle. ¿Estaría allí la clave? ¿Sería el hilo por el que se desenrollaría el ovillo?

—¿A las pocas horas... dices? —preguntó—. ¿Cuándo fue exactamente?

—Cuando volvió al camarote.

—¿Y cuándo volvió? Trata de recordar qué tiempo estuvo ausente.

Hellen se erizó:

—¿Vas a cargarle el muerto?

—No es ésa mi intención. Y tampoco es muerto; es muerta.

—¿Por qué, entonces, tienes tanto interés en conocer el tiempo que permaneció fuera de nuestro camarote?

—Si te contesto que porque él quiere presentarte a ti como culpable, ¿qué dirías?

A Hellen no parecieron sorprenderle tales palabras.

—Que puede ser verdad y que puede ser mentira —contestó sin inmutarse.

—Fiel hasta la muerte, ¿no, tía Hellen?

—Depende...

Mark la observó con curiosidad. No era una mujer bonita ni atractiva. Nunca lo había sido. Incluso la tonalidad acerada de sus ojos contribuía a restarle simpatía.

No podía negársele buen gusto en el vestir, eso no; pero su figura no era la percha adecuada para sus trajes; hubiera necesitado una cuarta más de altura.

—¿Depende de qué? —intentó sonsacarle Mark.

En atención a su condición femenina, Mark no la había hecho ir ni al salón ni a su camarote; él fue al de ella.

Su mirada, entretanto aguardaba por la respuesta, se dirigió al mueble bar.

—Si te apetece beber algo, tienes whisky y vino dulce —le ofreció Hellen.

—¿Whisky?

—Sí. ¿Por qué te extrañas? Es la bebida preferida* de mi marido, ¿no lo sabías?

—Sí lo sabía. Pero creí que no lo tenáis en el camarote.

—Siempre lo tenemos. Compruébalo.

Mark no se lo hizo repetir dos veces. Empezaba a sospechar que aquel «depende...» de su tía podía significar muchas cosas.

La botella estaba mediada.

—¿Cuándo la trajeron? —interrogó.

—Ya estaba en el camarote cuando embarcamos. Si empezar, como es lógico.

—Lo que falta, ¿lo bebió Karl?

—Yo prefiero la bebida dulce.

—Karl me dijo que estaba vacía la botella de su camarote y que por eso fue anoche al bar.

—Mintió.

—Tendré que comprobarlo interrogando a los camareros...

Hellen no dio muestra de sentirse ofendida por aquella desconfianza.

—Hazlo. Si te dicen la verdad, repetirán mis palabras.

—Pareces pensar en la posibilidad de que no lo hagan...

—A veces, soy como la vieja de la poesía...

—¿A qué poesía te refieres?

—A ésta: «Una vieja muy fea me decía: en cuanto a la virtud, creo en la mía.»

—¿Eres virtuosa, tía Hellen?

—Lo soy.

—No te duele la muerte de Marilyn, ¿verdad?

Con desafiante franqueza, ella replicó:

—No me dolería la muerte de ninguna de las prójimas con las que Karl me ha sido infiel.

—¿La mataste tú?

—No.

—Karl me ha dejado entrever que teme lo contrario...

—Ganas no me faltaron.

—¿Y el valor?

—No sé qué es eso.

A Mark le invadió una ola de lástima.

—Lo amas mucho, ¿no es cierto?

—Lo amé más que a nadie en mi vida. Pero el amor es como el fuego: si no lo alimentan, acaba por apagarse y morir.

—Él tuyo por Karl no ha muerto. De estar muerto, ayer noche no habrías tenido la pelotera con él.

—En ocasiones, rebosa el vaso, o salta la chispa y la mujer descubre que también hay algo que se llama dignidad.

—Tardaste en hacer el descubrimiento...

—¿Qué quieres? Todos no nacemos inteligentes ni avispadados...

—Sé sincera, tía: ¿Hasta ayer no te sentiste ofendida por las atenciones de Karl con sus

«estrellas»? Porque los gritos y los lloros no son de ahora...

—Llevo muchos años vertiendo lágrimas, cierto. Debe ser que empiezo a estar cansada...

No te cae bien Karl, ¿verdad?

—Tú eres mi sangre, no él.

—Pero los dos sois hombres. ¿Te gusta Glenda?

El cambio de tema, lo inesperado de la pregunta, le estremeció. ¿Qué sabría Hellen, qué sospecharía?

Optó por la sinceridad:

—Sí. Mucho.

—Ya me había dado cuenta. Esta puede ser su gran oportunidad...

—No desea el cine como meta de su vida.

—Pero está en él...

—Eventualmente.

—Suponte que Karl le ofrezca ocupar el puesto de Marilyn. ¿Qué crees que respondería?

—Lo ignoro.

—¿Le propusiste tú el matrimonio?

—No.

—¿Vas a proponérselo?

—El matrimonio es un paso muy serio; antes de darlo, conviene estudiar los pros y los contras.

—Exceso de frialdad por tu parte. No hay amor. El amor anula los razonamientos del cerebro. Lo sé, por propia experiencia.

—Tía...

—¿Sí, sobrino?

—¿Le hubieras concedido el divorcio a Karl?

—Depende.

—Van dos veces que contestas lo mismo...

—Será que me gusta repetirme... o que carezco de facilidad de expresión.

—Supongamos que Karl hubiera insistido en romper vuestro matrimonio.

—No insistió. Por el contrario, me pidió que olvidara sus palabras.

—¿No le preguntaste el porqué de tal cambio?

—No.

—Pero habrás pensado en los motivos que tuvo para ello...

—Tampoco.

—No te creo.

—Haces bien. Otra actitud por tu parte hubiera sido propia de un estúpido. Y no lo eres.

—A pesar de ello, no acabo de ver claro en ti.

—Ni yo misma veo claro en mí. Hay como dos personas enfrentadas en mi interior...

—¿El ángel y la bestia?

—No lo has dicho sonriendo...

—No me parece una broma, sino algo muy serio.

—Lo es.

Como ella quedara callada, Mark indicó:

—¿Por un lado el amor, y de otro lado la necesidad de vengarte?

—Al amor también se le asesina, Mark..

—¿Asesinó Karl el que tú sentías por él?

En lugar de contestar, Hellen invitó:

—¿Te preparo un whisky?

—No bebo mientras trabajo.

—¿El alcohol embota la inteligencia?

—Acabas de sonreír, tía Hellen...

—Acabo de tomar una decisión, sobrino. ¿Sabes? Siempre me he mantenido en un segundo plano, siempre he estado escondida detrás de mi marido y de las deslumbrantes bellezas que lanzaba al estrellato... Siempre he sido una sombra. ¿Qué tai sienta ocupar la primera plana de los periódicos?

—Nunca he ocupado la primera plana de los periódicos, tía Hellen.

—Debe ser dulce...

—¿Vas a confesarte autora de la muerte de Marilyn?

—No la maté yo. Cuando fui a hacerlo, no la encontré en el camarote.

A Mark casi le faltó el aliento.

—¿Estuviste en el camarote de Marilyn?

—Sí. Con esto en las manos —Hellen había ido hasta la cómoda, había abierto un cajón y apuntaba al sobrino con una pequeña pero peligrosa arma: un revólver.

—Dirígela hacia otra parte, tía. Un accidente lo tiene cualquiera.

—¿Estás temblando de miedo?

—Sí.

—Si yo te matara ahora, ¿no crees que por deducción me colgarían la muerte de Marilyn?

—Es lo más seguro.

—¿Y me consideras tan tonta como para echar sobre mis espaldas algo que no hice y que, en el mejor de los casos, me llevaría a una clínica psiquiátrica?

Hellen volvió a sonreír. Y tranquilamente, con parsimonia, abrió la recámara, vació el cargador en su mano y con gesto espontáneo ofreció todo a Mark.

CAPITULO VII

Lo primero que hizo Mark fue llevarse el arma a la nariz.

—No ha sido disparada —le aclaró Hellen—, Por lo tanto no puede oler a pólvora.

—Tienes razón: no huele a pólvora.

—Ya te dije que no encontré a Marilyn en su camarote.

—¿La hubieras matado, de haberla hallado?

—Sí.

Sin vacilaciones. Sin temblores. Sin dudas.

—Una de las razones que yo veo para explicar el asesinato es la desesperación. ¿Estabas desesperada, tía Hellen?

—Estaba rabiosa. Hubiera matado incluso a mi marido.

—¿Sabes que también él fue al camarote de Marilyn y que tampoco la halló?

—No lo sabía, pero me lo imaginaba: bebía como si en el whisky pudiera encontrar la solución a sus propios e íntimos problemas.

—¿Bebía? ¿Entraste también en el bar? Karl no me nombró este detalle...

—El ignora que yo le seguí.

—Así que le seguiste... ¿Quieres explicarme punto por punto todos tus pasos?

Hellen se desdijo:

—En realidad no le seguí; me expresé mal. Cuando Karl se fue dejándome sola, tuve el impulso de cortar de raíz aquella situación que me hería y que me convertía en el hazmerreír de media humanidad.

—Algo menos de media humanidad, tía Hellen.

—Mi presencia siempre hace callar a la gente, a mi espalda suena el runrún de los cuchicheos en voz baja. No es una posición agradable la mía, Mark.

—Deberías estar acostumbrada a ella, deberías no hacerles caso. Karl me aseguró que muchas infidelidades que le cuelgan, no existieron jamás.

—Serán las menos... Por eso quise dar un ejemplo de lo que les esperaba a las

«estrellas» de mi marido si trataban de meterse entre él y yo.

—¿Conoce Karl la existencia de esta pistola?

—Pudiera ser...

—¿Te la vio alguna vez?

—No hice un misterio de ella.

—¿Desde cuándo la tienes?

—La compré antes de embarcar.

—Así que tenías proyectos definidos para este viaje...

—No exactamente. La adquirí porque hay cosas que no me gustan y creo que un poco de precaución no está de más.

—¿Qué cosas son las que no te gustan, aparte las actrices que trabajan para Karl?

—Bah, eso no viene a cuento ahora.

—Tú lo sacaste en la conversación, no fui yo. Debes contármelo.

—¿Y si no quiero?

—Al final tendrás que hacerlo, cuando la policía suba al yate.

—¿Va a venir la policía?

—Yo la llamé.

—Tú estás en todo... ¿Qué me puede pasar si, para entonces, no has descubierto al criminal?

—¿Te refieres a haber comprado tú esta pistola antes de embarcar? Tendrás que confesarles lo que a mi no me quieres decir.

Hellen fue hasta el armario empotrado en la pared.

Lo abrió.

Las luces automáticas se encendieron y la luna del espejo reflejó su figura completa.

Durante unos instantes se contempló en ella.

—No soy bonita. Ni atractiva. Pero tampoco soy tonta de nacimiento...

Volvió a cerrar el armario. Había en sus ojos una expresión difícil de definir. Podía ser odio. O amor herido.

—Averigua qué es lo que Locke conoce de Karl, que le permite tenerlo en un puño —

aconsejó, de pronto.

—No cesas de sorprenderme, tía Hellen... —hubo un rictus de sonrisa en los labios de Mark.

—Cada uno conoce el amargor de su propia boca.

—Una observación muy inteligente.

—No es mía. Es un proverbio árabe.

—También hay un proverbio, no sé de qué país del globo, que asegura: «Haz lo que temes y matarás el miedo.» ¿Estás haciendo lo que temes, tía Hellen?

—Pudiera ser.

—Esto me lleva a una conclusión: Karl desea desembarazarse de ti y tú deseas desembarazarte de él. ¿Por qué?

—Los frutos caen por su propio peso cuando están maduros

—Y tú ya has soportado todo lo que podías soportar. ¿Es así?

—Así es.

—Pero no quieres salir por la puerta falsa...

—He sufrido mucho, sobrino. Creo que tengo derecho a un desquite.

—Comprendo el porqué de tu primer «depende...» Estabas tan harta de las infidelidades de tu marido, que hubieras matado a Marilyn sin que te temblara la mano.

Pero tu buena estrella quiso que no pudieras hacerlo, así que ahora tratas de inculpar a Karl...

—No he dicho que la matara él.

—Con esas palabras, no.

—Pero tengo la seguridad de que sabe quién lo hizo y por qué lo hizo. Vamos, como si la orden hubiera partido de Karl o éste hubiera firmado la acción con su Visto Bueno.

—Y en el asunto estuviera metido John Locke...

—¿Metido? Pssch... Yo no diría tanto. Lo que digo es que cobra por callar.

—Esa es una acusación muy seria, tía.

—La matriz del talonario de cheques de Karl tiene el nombre de John Locke junto a cifras considerables.

—¿Cómo lo sabes?

—Una esposa ofendida y celosa nunca deja de curiosear en los bolsillos del traje de su marido. No lo olvides; puede serte de utilidad si algún día decides casarte y jugársela a tu mujer,

—¿Hablaste con Karl de ese dinero?

—A Karl no le gustaría saber que yo lo vigilaba y menos aún comprender que sacaba conclusiones.

—¿Qué conclusiones?

—Eres investigador; averíguelas por ti mismo.

—Según eso. Locke es invitado al yate por imposición del propio Locke. ¿Me permites una pregunta?

—Te permito todas las que quieras. Pero no te doy palabra de contestarlas.

—Hay varias formas de contestar a una pregunta, tía Hellen. Vamos a ver: Esos cheques a nombre de Locke, ¿tienen fechas posteriores a las excursiones del yate?

Hellen se lo quedó mirando. Su rostro parecía el de una muñeca de cartón piedra.

—¿Es otra de tus conclusiones?

—Acabo de decirte que hay diversas maneras de responder a una pregunta, tía.

—¿Y yo he respondido a la tuya?

—Creo que sí.

—No estás seguro...

—Acostumbro a dejar un margen al error. Pero volvamos atrás... Reñiste con Karl por culpa de Marilyn. El quería divorciarse de ti para casarse con ella. Salió al bar. Tú saliste después, con este juguete —sopesó la pistola— en las manos. Fuiste al camarote de Marilyn. Lo encontraste vacío. ¿Qué hiciste luego?

—Bajé a buscar a Karl.

—¿Al bar?

—Adonde quiera que se encontrase.

—Y lo hallaste en el bar. ¿Solo?

—La primera vez, sí.

—¿La... primera vez?

—Eso dije.

—¿Insinúas que, al verle bebiendo, solo, diste media vuelta sin acercarte?

—Sí.

—¿Marchaste sin entrar?

—Sí.

—¿Regresaste al camarote vuestro?

—Sí.

—Pero no te quedaste en él...

—Mi decisión y mi valentía se habían ido enfriando, así que guardé el arma en la cómoda, me lavé la cara, me la retoqué y salí de nuevo a reunirme con mi marido.

Estaba dispuesta a rogarle que no llevara adelante su intención de dejarme a mí para casarse con esa zorra.

Mark respiró hondo.

—¿Seguía Karl en el bar?

—Sí. Pero ya no estaba solo.

—Ese es un detalle de mucho valor, tía Hellen. ¿Quién le acompañaba?

—¿Quién crees tú?

—¿John Locke?

—No.

—Dímelo.

—Li-Chang.

—¿Así que Li Chang..?

—No te veo muy sorprendido...

—¿Qué hora era, lo sabes?

—Entre dos y tres de la madrugada. Calculo juzgando por la hora a que nos retiramos, por el tiempo que duró nuestra riña, por el que tardé en tomar la decisión de matar a Marilyn, por mi estancia en el cuarto de aseo...

—Li-Chang dijo que sería la una cuando subió a tirar la basura al mar...

—Li-Chang dijo que tira la basura cuando los señores se retiran a descansar. Fuiste tú quien indicó la posibilidad de que fuese la una.

—Tienes razón. Así que no era la una cuando Li-Chang subió a cubierta...

—Ignoro ese detalle. Pero sí sé que era más tarde cuando se reunió con Karl en el bar.

—¿No te vieron?

—A esas horas, la gente duerme. ¿Quién podía suponer que yo iba de un lado para otro como alma en pena?

—¿Seguía Karl bebiendo?

—Sí.

—¿Y Li-Chang?

—No.

—¿Qué hacían? ¿Hablaban?

—Discutían.

—¿De qué? ¿Lo sabes?

—No. No oí sus voces, pero los vi desde el pasillo.

—¿Qué hiciste luego?

Regresé aquí lo más silenciosamente posible y me senté en la butaca. Ahí —Hellen señaló con el brazo extendido el coquetón mueble colocado a los pies del lecho.

—A esperar el regreso de Karl.,

—Sí.

—¿Tardó en reunirse contigo?

—Sí.

—¿Pasaba de las tres?

—Quizá.

—Y te pidió que olvidaras lo del divorcio...

—Sí.

—¿No le preguntaste qué era lo que hablaba con Li-Chang?

—De haber querido conocerlo, hubiera entrado en el bar, no me habría escurrido sin que me vieran.

—Karl me aseguró que únicamente estuvo en el bar el tiempo de beberse un whisky.

—Bebió más de uno. Tenía la botella al alcance de su mano y se servía a sí mismo.

—¿Por qué crees tú que me dijo que estaba vacía la botella de su camarote?

—Para justificar su salida.

—También me dijo que no había visto a Li-Chang cuando fue a tirar la basura...

—La verdad. Fue después de tirarla cuando lo vio.

Mark pegó un brinco.

—Todo tiene un límite en la vida, sobrino, y mi paciencia también. Hay bromas muy crueles... ¿Sigues en plan de flirteo con Glenda?

—La excursión ya no es de placer, tía.

—Verás como, a partir de ahora, se dedica de lleno al cine...

—Karl opina que a Marilyn la mataron por una razón «especial». ¿Cuál crees tú que pudo ser esa razón?

—Lo ignoro. Y ya no tengo nada más que contarte. Confío que no vayas charlando por ahí nada de lo que acabamos de hablar tú y yo...

—No temas, tía —porque sí era temor lo que escapaba a raudales por los acerados ojos de Hellen Holden—. Ni una palabra se escapará de mis labios. Y... gracias.

—Bah... No tiene importancia. En el fondo quizá si soy una tonta. Adiós, sobrino.

—Adiós.

—Oye..., ¿no te olvidas de algo? —con el pulgar derecho, Hellen le señaló la pistola.

Sin palabras, Mark se la entregó.

—A mí aún puede sacarme de apuros...

—Cúdate —le recomendó él. Luego se encaminó a la puerta, la abrió y salió... A tiempo de ver cómo Hilda Gilling, a carreras, corría a ocultarse en su propio camarote, vuelta su espalda hacia el de los Holden.

¡La curiosa aquella...!

Ya en el pasillo, Mark se detuvo. Se sentía plenamente convencido de que su tía Hellen conocía la verdad.

(Pero ¿la sabía alguien más?)

Y también comprendió que por nada, por nadie, por ningún motivo, tía Hellen la revelaría.

Estaba demasiado asustada para atreverse a ello.

CAPITULO VIII

La circunstancia de que Hilda Gilling hubiera estado escuchando tras la puerta cerrada del camarote de los Holden, decidió a Mark a

interrogarla seguidamente.

A su llamada, dada con los nudillos en el entrepaño, contestó una apagada voz femenina desde el interior:

—¿Quién es?

—Mark Reynolds.

—Oh... Entra.

El no se hizo de rogar. Alzó el picaporte, franqueó la entrada y se quedó en el umbral.

Desde la cama le miraba con ojos entrecerrados Hilda Gilling.

—Perdona, muñeco, por recibirte así, pero me ha afectado mucho la espantosa muerte de Marilyn. Estoy enferma...

Mark apoyó la espalda contra el marco de la puerta y permaneció inmóvil.

—¿No vas a pasar? No me como a la gente...

—Te aguardo en el salón; te ha llegado la vez de ser interrogada. Y no te hagas de rogar; sería un mal sistema.

Con un hociquito de falso enfado, ella protestó:

—¡Uf, qué hombre...!

Pero cuando Mark le volvió la espalda y se alejó, Hilda saltó del lecho, se contempló en redondo, se miró la cara en el espejo del tocador y salió apresuradamente detrás del investigador.

Lo alcanzó en la escalera que conducía a la planta principal.

—¡Chico, te estás volviendo de un orgulloso...!

Se le colgó de un brazo. Mimosa.

—¿Qué quieres saber? Estoy a tu entera disposición.

Lo decía con un tonillo especial, imprimiendo a sus palabras una segunda y maliciosa intención.

—En primer lugar: ¿Lo haces por costumbre?

—¿A qué te refieres?

En esta ocasión, Hilda vestía unas «bermudas» floreadas en los que intervenían todos los colores del arco iris, y una blusa blanca, abierta de hombro a hombro, a tono con los mocasines con que se calzaba.

—A escuchar detrás de las puertas —Mark no se anduvo con rodeos.

Hilda ni siquiera se inmutó.

—No sabes lo provechoso que puede resultar en ocasiones... —dijo sonriendo.

—Cítame una.

—Ayer noche, tu tío amenazó a tu tía con el divorcio.

—No la amenazó. Se lo pidió.

Hilda alzó los hombros en ademán de indiferencia.

—Si, para ti, decir «me tienes hartos con tus celos, tan pronto desembarquemos voy a presentar una solicitud de divorcio» no es una amenaza, es una petición, pues es una petición, no es una amenaza. Como quieras...

—¿Fue así exactamente?

—Palabra por palabra.

El cambio de sentido dado por Karl a la frase y el silencio guardado por su tía; no aumentaron las posibilidades de culpabilidad por parte de él, pero sí explicaban la

«valentía» que ella había demostrado momentáneamente.

—¿Qué contestó Hellen?

—Que, antes, los mandaría a los dos al infierno. Supongo que se refería también a Marilyn... ¡Oír a tu tía me dejó tela! ¡Con lo palomita sin hiel que aparenta...! ¡Si todos sabemos que ni pincha ni corta, que es un mero adorno —y no muy atrayente, por cierto— en la existencia de Karl Holden...!

—¿Qué dijo él?

—Le pidió que no le diera motivos para encerrarla en una clínica

psiquiátrica.

¡Caramba, chico, cómo se pusieron los dos...! Parecían perros rabiosos. ¡Y qué palabras en boca de tu tía...! ¿Así hablan las «señoras»? ¡Nos puso a Marilyn y a mí que ni con pinzas de cirujano se nos podía coger!

El primitivo plan de Mark de sostener aquel nuevo interrogatorio en el salón, o junto a la barra del bar, lo cambió al hallarse en cubierta. Un airecillo fresco atenuaba los rigores del sol y la estancia allí se convertía en una delicia.

—¿Cuánto viste a Marilyn por última vez?

La pregunta, en apariencia, era inocente del todo. Pero, dicha así, de repente, podía hacer tropezar a cualquiera.

—¿Viva? Ayer noche.

—¿A qué hora?

—Cuando nos retiramos a dormir. Aunque, con la serenata que nos dieron Karl y Hellen, ¡cualquiera dormía...!

—¿Qué tiempo permaneciste escuchando detrás de la puerta de su camarote?

—Si dices a alguien que hice semejante cosa, diré que te vi a ti salir del camarote de Marilyn.

—No soy tu enemigo, Hilda. Sólo trato de atar cabos para descubrir al asesino y evitar, de paso, que alguien más vaya a aumentar el número de los muertos.

—¡Qué miedo...! —en su voz, así como antes hubiera amenaza, ahora había risa.

—No es broma. Por lo tanto procura dejar los sarcasmos a un lado y dime todo lo que sepas. Tu vida puede estar en juego.

Ella lo miró con expresión muy parecida a la que Mark había descubierto en su tía Hellen.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? ¿Qué garantías tengo?

—No estoy en condiciones de ofrecerte más garantías que mi palabra de honor. Vamos, Hilda, sé razonable. Presiento que podemos

ayudarnos mutuamente, que tú conoces cosas que a mí me van a servir de mucho; y yo, te lo repito, estoy trabajando en tu beneficio.

—¿Por qué en mi beneficio?

—Porque si eso que tú sabes (y sé que lo sabes por el miedo que asoma a tus ojos) te lo callas o lo revelas a quien no debes, tratando de ganar algún punto a tu favor, va a costarte muy caro. Hoy por hoy, Hilda, el único amigo verdadero con que cuentas soy yo.

En esta ocasión, al mirarlo, no había ni risa ni ironía en Hilda. Aunque sí persistía el temor.

—Vamos hacia donde no podamos ser oídos —dijo ella, con seria expresión.

Mark la condujo hacia la toldilla de popa. Allí, a menos que las tumbonas tuvieran oídos, nadie se enteraría de lo que hablaran.

—Me acerqué a la puerta del camarote de los Holden cuando la discusión arreciaba. Fue entonces cuando Karl amenazó a Hellen con el divorcio y con llevarla a una clínica de locos.

—¿Permaneciste mucho tiempo?

—No. Me volví rápida, ante la posibilidad de que alguien más sintiera curiosidad.

—¿Regresaste a tu camarote?

—De momento, sí.

—¿Vas a decirme que fuiste al de Marilyn y que lo encontraste vacío?

Hilda lo miró con el estupor reflejado en el rostro.

—¿Es que alguien me vio y ya te fue con el cuento?

—No. Pero es que, al parecer, el camarote de Marilyn tuvo ayer noche un fuerte imán para todos... ¿A qué fuiste y a qué hora?

—Hombre, no miré el reloj... Aproximadamente, entre dos y tres de la madrugada. Y fui a rogarle que le pidiera a Karl un papel para mí en su nueva película, una oportunidad para demostrar lo que valgo.

—Esa ayuda podía prestártela John Lucke...

—¿Ese? —hubo desdén y desprecio en su voz—. Ese es de los que toman, no de los que dan.

—Ayer le vi salir dos veces de tu camarote... Incluso creí que era el suyo.

—Como si lo fuera realmente. Me tiene en sus manos.

—Tus palabras suenan a chantaje...

—Suenan a lo que es.

—¿Te chantajea John Locke?

—Es su especialidad, ¿no lo sabías? También chantajea a Karl.

Lo último coincidía con lo que le contara Hellen, convino Mark. Ya eran, pues, dos personas diciéndole lo mismo. Muy raro el error...

—¿Qué motivo le has dado tú y qué motivo le dio Karl?

—El de Karl lo desconozco. El mío se llama Doug y cuenta dos años.

—¿Tienes un hijo? —esto no lo esperaba Mark.

-Sí.

—¿Y el padre de la criatura?

—Murió sin tiempo de saber que venía de camino. Te lo juro, Mark, no era un mal chico, nos amábamos de veras; nos hubiéramos casado.

—¿Dónde tienes al niño?

—En un jardín de infancia. Interno. Me cuesta un dineral, pero sé que está bien cuidado.

—¿Lo has reconocido como tuyo?

—¡Naturalmente que sí! ¿Piensas que soy una hiena?

Mark palmeó con respeto la mano femenina que se apoyaba en su brazo.

—No es una razón lógica para chantajearte...

—Lo es, si pretendo pasar por una joven sin ataduras familiares.

—Otras actrices se fotografían con sus hijos...

—Tú lo has dicho: actrices. A la actriz cotizable para los productores no se le plantean los tabús que tiene una aspirante.

—Perdona la crudeza de mi pregunta, pero la juzgo necesaria: ¿Te paga John Locke cuando va a tu habitación?

—Con el silencio, ya te lo dije.

—¿Y nunca... nunca se le escapó ninguna palabra referente a lo que sabe de Karl?

—Ni una sola letra.

—¿Y tú no sospechas lo que puede ser?

—Yo, Mark... ¡Yo no sé qué se cuece a bordo!

—Explícate.

—Fui al camarote de Marilyn y lo encontré vacío. Pensé si estaría en el cuarto de aseo y llamé a la puerta. No había nadie, solamente la ropa que Marilyn se cambiara antes de subir a cenar, tirada por todas partes.

—¡Un momento! ¿Dices que la ropa estaba... tirada por todas partes?

—Sí. ¿De qué te extrañas? Marilyn era una abandonada, una desdejada.

—Sigue.

—¿No vas a explicarme...?

—Yo conocía a Marilyn muy superficialmente... Eso es todo.

—Ah.

Pero no era todo. Y no lo era porque, precisamente, no coincidía aquel desbarajuste declarado por Hilda con el orden en que él había visto el cuarto de baño y el camarote de la actriz asesinada, la vez en que, acompañado por el capitán del barco, había ido a revisar ambos.

—¿Qué hiciste luego?

—Regresé a mi cubil.

—A tu camarote, quieres decir...

—Exacto. Mark, fui yo quien descubrió a Marilyn muerta; si la hubiera matado yo, ¿crees que hubiera vuelto allí?

—Podía ser la más excelente de las oportunidades para demostrarnos a todos la genialidad de tu arte interpretativo.

—¡De mucho me iba a valer esa genialidad cuando la «poli» me echara mano...!

—¿Crees que va a descubrirse la identidad del asesino?

Otra vez el temor huyó en oleadas por los ojos de Hilda Gilling.

—¡No me digas que va a ser imposible...!

—No lo digo.

—No me gusta nada de lo que está sucediendo, Mark...

—A mí, tampoco. Dime: ayer noche, mientras bailabas con Karl, ¿te hizo él alguna promesa?

—Promesas que no van firmadas ni rubricadas al final de un contrato de trabajo, me han hecho varias, incluso Karl.

—¿No les concedes mucho crédito?

—Ninguno. Por experiencia, ¿sabes?, por triste experiencia.

—¿Crees que puede favorecerte la muerte de Marilyn?

—Existiendo Glenda, no. Porque a Glenda la maquillas y la vistes como Marilyn, y es Marilyn.

—A Glenda no le interesa seguir en el cine. Me lo aseguró.

—¿Por qué se metió en él?

—Necesitaba ganar dinero y su parecido con Marilyn le abrió esa puerta.

—Dinero lo necesitamos todos y, en mi caso, por partida doble.

—Eres una buena chica, Hilda; disculpa si te valoré mal. ¿Es guapo tu hijo?

—¡El más guapo del mundo! —latía el orgullo en su voz.

—Estoy seguro de que si Marilyn hubiera llegado a conocer su existencia no te habría negado su ayuda, la ayuda que fueras a pedirle.

Hilda suspiró.

—¡Qué se le va a hacer...! A lo mejor, si Karl lanza a Glenda al estrellato y si tú me recomiendas a ella... Porque sois muy amigos, ¿no?

—Yo haré todo lo posible por ti... y por Doug. Tienes mi promesa. Y como si estuviera firmada y rubricada.

—Gracias, Mark.

Hilda, espontáneamente, le besó en la mejilla.

—Desde que murió el padre de mi hijo, es la primera vez que beso a un hombre con el corazón. Y, ¡bueno!, no nos pongamos sentimentales. Sigamos con el asunto del crimen. ¿Te estoy ayudando?

—Sí. ¿Qué más puedes contarme?

—Verás: del camarote de Marilyn volví al mío. La verdad es que no supe qué pensar...

Lo cual significa que pensé muchas cosas y todas de un verde subido.

—Hilda...

—El pasillo está alfombrado, pero... yo diría que varias personas anduvieron por él.

—¿Hombres? ¿Mujeres?

—¡Qué sé yo! Llegué a sentirme inquieta, desasosegada, nerviosa...

—Y pensaste en subir a cubierta.

—Sí. ¿Cómo lo adivinaste?

—Fue un comentario al azar.

—Pensé en subir a cubierta. Me dirigí hacia la puerta... la tocaba ya con la mano... me disponía a abrirla... y entonces oí, tenuamente,

voces al otro lado.

—¿Oíste voces?

—Sí.

—¿De Marilyn y de otra persona?

—De un hombre.

La curiosidad de Mark se agudizó.

—¿La reconociste?

-Sí.

—¡Habla, Hilda, por Dios bendito, di su nombre!

El miedo de Hilda se materializó otra vez en su entonación:

—Me has dado tu palabra de honor...

—¡Sí! ¡Sí!

—Era Terence Davis. Su camarote queda frente al mío; tenemos los números uno y dos.

—¿Terence Davis? ¿Qué decía? ¿Con quién?

—En aquel momento no supe con quién. Pero le oí: «...no puede decir otra cosa que sí; quiere devolver a su mujer hasta el último cent...» Eso fue todo.

—¿Estás segura de que eso fue todo y de que lo decía Terence Davis?

—Tan segura como de que ahora estoy aquí hablando contigo.

—¿Qué hiciste después? Porque empiezo a conocerte un poco y no te considero capaz de quedarte quiete- cita en tu camarote...

—Soy una empedernida curiosa. Así que aguardé un tiempo prudencial, abrí la puerta, salí al pasillo y eché escaleras arriba.

—Por favor... —le instó Mark.

—Tengo sangre de actriz, querido; no puedo evitarlo, el mundo es para mí un escenario, un plató de colosales proporciones.

—¿Quién iba con Terence Davis? —insistió Mark.

—¿Quién crees tú?

También la tía Hellen le había hecho la misma interrogación. En aquella ocasión, él había aventurado el nombre de John Locke. Y se equivocara. Ahora aventuró otro, convencido plenamente de que no se equivocaría:

—Li-Chang.

Hilda se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Es lo de menos. ¿Adónde fueron?

—Al bar. A reunirse, ¿sabes con quién?

—¿Con Karl Holden?

—Me maravilla tu poder de adivinación...

—¿Qué hicieron?

—Hablar.

—¿Les oíste algo?

—No. Estaba lejos de ellos.

—Esto es importante, Hilda, así que dame la respuesta correcta: ¿Hablaban... o discutían?

—Yo diría que una mezcla de las dos cosas.

—¿Cuánto tiempo estuvieron reunidos?

—No me quedé a averiguarlo.

—¿Regresaste al camarote?

—Sí.

—¿Sin pasar por el de Marilyn?

—Quise entrar, pero encontré la puerta cerrada por dentro.

—¿No llamaste?

—No.

—¿Por qué? Era la ocasión para pedirle su ayuda...

—No lo pensé, Mark; la puerta cerrada me detuvo. Además no quería ser cogida *in fraganti* por Terence, si regresaba de sopetón. Terence es... es bueno conmigo.

—Será a cambio de tu bondad para con él...

—Una mujer que necesita triunfar con la intensidad que lo necesito yo, ha de echar mano a todos los resortes que se le ponen a su alcance.

—No veo yo que su ayuda te sirva de mucho...

—En mi carrera cinematográfica, no. Pero lo hace de otra manera...

—¿Cómo?

—Con regalos generosos.

—¿Alhajas?

—Sí.

—¿Pielés?

—Sí.

—¿Dinero?

—Sí. Prácticamente, y aunque él lo ignora, es quien paga el colegio de Doug y quien me permite ir ahorrando para más adelante. No quiero que mi hijo sea un don Nadie; deseo hacerlo un hombre de carrera, un señor.

—Se comenta que, con las últimas películas de Karl, ha perdido mucho dinero...

—Lo comentarán gentes que no ha estado jamás en su casa. Aquello es como un museo, de cosas a cuál más hermosa y más cara. Se las hace traer de todas partes. Tendrá una mina secreta... —Hilda volvió a sonreír.

—Empiezo a pensar que sí.

Mark hablaba serio, pero Hilda no paró mientes en el detalle. Otra cosa llamaba su atención:

—¿Cómo pueden suceder estas cosas en un yate de lujo, Mark?

—¿Y por qué no, Hilda? La muerte también viaja en primera...

CAPITULO IX

Mark sabía que de John Locke no iba a sacar nada de provecho, pero, aun así, no quiso desaprovechar la oportunidad de intentarlo.

No le caía bien John Locke. Nunca le había caído bien, ni siquiera cuando ignoraba su fea condición de chantajista.

De chantajista por partida doble.

¿O chantajearía a alguien más? Porque, a unas horas tan sólo de aquélla en que iba a ser asesinada, Marilyn les había preguntado a Glenda y a él:

—¿Verdad que es un indeseable?

¿Chantajearía también a Marilyn?

Y ¿por qué? ¿Tendría algo que ocultar la actriz de moda de Karl Holden?

John Locke estaba en su camarote. Mark observó que, para franquearle la entrada, descorría un cerrojo.

Esta operación había sido hecha con gran cuidado. Pero se hubiera necesitado ser sordo para no parar la atención en ello.

—Cualquiera creería que eres una virginal doncella en terreno de sátiros... —comentó Mark, con intención' de pincharle. Luego, miró sin disimulos la puerta por el lado interior—, ¿Lo has puesto tú? —preguntó, cerrando y abriendo repetidas veces el pasador de hierro dorado que haría infranqueable la entrada.

—Es mi mascota. Me acompaña a todas partes —John Locke aclaró el dato con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tanto miedo tienes?

—No es miedo. Es precaución. Y me trae suerte...

—Quiero interrogarte.

—Hazlo. Si en algo te puedo ayudar...

—Creo que sí, si de veras deseas prestarme tu colaboración.

—Acabo de ofrecértela... ¿Un whisky?

—No.

—Me olvidaba que, en horas de trabajo, los detectives de película no bebéis... ¿Te molesta si lo hago o?

—No.

John se sirvió con generosidad. El primer sorbo, largo, lo saboreó lentamente.

—¿Por qué Karl te invita siempre al yate, si hasta un ciego vería que no te traga?

—Un ciego es ciego precisamente porque no ve.

—Ayer noche, tras el incidente que protagonizaste con Marilyn, Karl nos demostró el bajo concepto en que te tiene.

—Karl reaccionó impulsado por la actitud de Marilyn. No era lógico que obrara de otra forma: bebía los vientos por ella, la consideraba de su exclusiva propiedad.

—No me has contestado a lo que te pregunté...

—¿Por qué se me invita al «Ursus»? Soy de esas personas capaces de llevar animación incluso a un velatorio; resultado imprescindible en cualquier reunión.

—¿Adónde fuiste cuando abandonaste el salón ayer noche?

—Vine aquí. Resisto bien el alcohol, pero me había excedido bastante...

—¿No te quedaste en cubierta?

—No.

—¿Qué hiciste, una vez en tu camarote?

—Me desvestí y me acosté.

—Y te quedaste dormido nada más echarte en cama, ¿no?

—Así fue exactamente.

—Por lo tanto, no oíste reñir a los Holden...

—¿Riñeron? ¡Ni me enteré!

—Debiste ser el único...

Locke tornó a sonreír. Tenía una dentadura perfecta para anuncio de un dentífrico.

—Esta mañana fuiste el último en acudir al camarote de Marilyn... ¿Dormías aún cuando Hilda nos obsequió con sus gritos de histerismo?

—¿No recuerdas que fui el único que se presentó afeitado y limpio?

—¿Tienes costumbre de madrugar?

—No... Pero me acosté antes que los demás. Es natural que también me levantara antes...

—Desde el principio apuntaste la idea de que fuera una mujer y no un hombre quién hubiera asesinado a Marilyn.

—Razona... ¿Karl? La adoraba. ¿Davis? ¿A santo de qué? ¿Yo? Sabía que no había sido.

¿Tú? Sólo tuviste ojos y atenciones para Glenda. Quedaban, pues, las mujeres. Y todas con excelentes motivos.

—Enuncíalos.

—Hellen: celos. Glenda e Hilda: la oportunidad de sus vidas. Déjate de jugar a detectives, Mark. La bala que mató a Marilyn y el arma con que fue disparada, se hallan en el fondo del mar, muy lejos de dónde ahora está anclado el yate.

—¿Las tiraste tú?

—Yo no maté a Marilyn, te lo dije. Pero pecas de ingenuo si sigues creyendo, como creíste esta mañana, que la bala seguía en el camarote, incrustada en el colchón.

—¿Lo creí? —sabía que sí lo había creído, pero no podía confesárselo a John Locke.

—No tienes muchas luces, Mark. Teniendo la bala, se puede saber qué arma la disparó.

El asesino o la asesina, te gana en inteligencia... Y voy a añadir algo más: este detalle lo comprobé yo antes que a ti se te pasara la idea por la cabeza.

—¿Quieres decir que, cuando Hilda gritó, tú ya conocías- la muerte de Marilyn?

—Sí.

A Mark, tanta franqueza le desconcertó.

—¿Cómo te enteraste?

—Muy sencillamente: entrando en el camarote. Y, ¡por favor!, no me preguntes a qué había entrado: el más lerdo lo adivinaría por sí mismo.

—¿Estaba la puerta abierta?

—No estaba cerrada.

—¿Y buscaste la bala...?

—Dónde la hubieras buscado tú, ni más ni menos.

—Y... ya había volado...

—Sí.

—Regresaste a tu camarote...

—Más que aprisa.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Te ofrecí mi ayuda. Y quitarte trabajo es ayudarte, ¿o no?

—No espero una respuesta explícita, así que no me voy a llevar un desengaño; dime:

¿Qué sabes de Karl Holden, que te permite, por un lado, sentirte el

más fuerte y, por otro, vivir atemorizado, como lo demuestra este cerrojo de tu puerta?

—Tienes imaginación de novelista, no de detective...

—Otra cosa, Locke: ¿Algo llamó tu atención en el camarote de Marilyn? Porque no era la primera vez que entrabas en él, ¿verdad?

—No hubo jamás ninguna relación de intimidad entre ella y yo, y no por falta de ganas de mi parte. Pero sí puedo decirte que una cosa no estaba igual a cómo había estado en los otros viajes.

—¿Cuál?

—Si te la digo, ¿das media vuelta y te largas por dónde viniste, dejándome en paz?

—Sí.

—El ojo de buey no tenía corrida la cortinilla; la luz del día entraba libremente por él.

* * *

De Terence Davis, Mark tampoco esperaba gran cosa.

Cachazudo..., filosófico..., amigo de que todo se lo dieran hecho... ¿Cómo era posible que Li-Chang hubiera recurrido a él para convencer a Karl Holden...?

Convencerle..., ¿de qué?

Hellen había visto a Karl y a Li-Chang discutir en la barra, antes de que Hilda oyera hablar a Terence y le viera, acompañado por Li-Chang, ir a reunirse con Karl.

¿Qué clase de relación habría entre los tres?

Terence Davis no estaba en su camarote. Pero no le fue difícil dar con él: sentado en la toldilla de proa, a la sombra del puente de mando, degustaba con parsimonia un plato de marisco y una botella de buen vino blanco.

—Hay que hacer por la vida, muchacho... ¿Te apetece? —le invitó.

—No. Gracias.

—¿Cómo van tus investigaciones?

—Fatal.

—¿Nada en limpio?

—Mi cabeza.

—Paciencia...

Calvo. Tripudo... La tez quemada por el sol. La camisa rameada abierta hasta medio pecho, dejando al descubierto un vello ralo y canoso...

—Davis...

—¿Eh?

—¿Por qué continúas ayudando a Karl, por qué no rompes la sociedad con él, si te está arruinando?

—¿De dónde sacas que me está arruinando?

—Ultimamente, tenéis pérdidas.

—Una película da pérdidas en un país y ganancias en otro; la balanza queda compensada. Además, se necesitarían pérdidas muy elevadas para arruinarme; soy bastante rico.

Comía con verdadero apetito, casi casi con glotonería, pensó Mark. ¡Qué lástima no poderle preguntar qué había ido a buscar en él Li-Chang, la noche anterior, y de qué tratara la conversación sostenida con Karl a de la madrugada...!

Pero andaba por medio su promesa a Hilda y la necesidad de protegerla de cualquier venganza.

—Por otro lado, muchacho —se limpió la boca con una servilleta inmaculada—, esta sociedad me permite conocer a bellas y jóvenes *starlets*, recibir mimos y halagos, aureolarme con el éxito de Karl. Y, sobre todo, me conviene por abulia.

—¿Por abulia?

—Si. Porque si yo le dijera a tu tío de romper la sociedad, él protestaría, y yo tendría que oponerme a sus razonamientos con los míos... Muy cansado. ¿De veras no te apetece acompañarme en este

piscolabis?

—¿Piscolabis? ¡Si yo creía que estabas comiendo para una semana...!

Terence Davis estalló en carcajadas.

Pero a Mark su risa no le sonó bien. ¿Habría dicho él algo que le intranquilizara?

¿Acaso aquel comentario sobre lo de estar comiendo para una semana?

—Voy a seguir con mi trabajo, Terence.

—Si descubres algo, no dejes de venir a contármelo. Sentía afecto por Marilyn No era ni mejor ni peor chica que otras, pero me resultaba simpática...

—Lo haré.

—Que sea pronto...

Mark se alejó despacio.

Ya sólo le faltaba hablar con Glenda.

En realidad, tenía que haber hablado con Glenda antes que con los demás. Había sido por un prurito de vanidad que no lo hizo. Quisiera presentarse ante ella con todos los triunfos en las manos y le salió mal.

Sí. Le salió rematadamente mal.

CAPITULO X

Las dos lanchas patrulleras se balanceaban suavemente a los costados del yate. En una habían llegado, como pasajeros excepcionales, un médico, dos camilleros y una enfermera.

En ambas, la tripulación ordinaria, incrementada con varios números extra de la policía marítima.

Esta policía ocupaba ahora las puertas de acceso al salón y patrullaba por los pasillos exteriores.

En el salón se habían reunido todos los integrantes del yate, desde el capitán hasta _ el último marinero.

Y también, ¡cómo no!, los invitados de Karl Holden, con él a la cabeza.

El teniente que mandaba la policía era un hombre de unos cuarenta años. Estatura mediana. Ojos vivos, inquisitivos. Se le advertía todo nervio, acción.

Los invitados del yate, sobre todo las mujeres y la marinería, le miraban con respeto.

—La noche pasada se cometió un asesinato en este buque —comenzó, con el pulgar izquierdo apoyado negligentemente en la cinturilla del pantalón, por la que asomaba la culata de un revólver, y la mano derecha escondida por dentro de la chaqueta desabotonada, como dispuesta a surgir de inmediato con el arma guardada en la sobaquera.

Todos comprendieron, observando su actitud, que ni el más listo podría escaparse del salón sin llevar una carga de plomo en el cuerpo.

—El propietario del «Ursus», el señor Karl Holden —las miradas convergieron ahora en el productor cinematográfico—, encargó a su sobrino político, el investigador privado señor Mark Reynolds —las cabezas giraron en su dirección— que encontrara al culpable.

Signo casi general de aquiescencia.

—¿Ha llegado a alguna conclusión, señor Reynolds?

—Sí, teniente.

—Le escuchamos.

Hellen Holden sostenía entre sus manos, fuertemente apretado, un bolso de viaje.

«Tiene miedo —pensó Mark—. Apostaría lo que me pidiesen a que guarda en él su mortífero juguete...»

Ni Glenda ni Hilda se habían cambiado de ropa. Las dos se mostraban desmadejadas, tristes.

—Para empezar, diré que la mayoría de los invitados, por una o por otra razón, se personaron a altas horas de la madrugada en el camarote de Marilyn.

Hubo un rebullir entre las personas allí congregadas. Unas miradas a las otras con desconfianza, con temor.

—Hilda Gilling fue a pedirle una recomendación para que la incluyeran en el reparto de la nueva película que se preparaba. Tenía fe y confianza en sus dotes interpretativas, sólo necesitaba una oportunidad.

Hilda se convirtió en centro de atención.

—Pero Marilyn no estaba en su camarote. Esto la decidió a volver al suyo. No obstante, algún tiempo después, probó suerte de nuevo. En esta ocasión, la puerta permanecía cerrada por dentro y, comprendiendo que Marilyn se había retirado a dormir, no insistió.

Hilda Gilling le lanzó una mirada de profunda gratitud.

—Un detalle que me llamó la atención en sus declaraciones fue que, en el cuarto de baño, la ropa que Marilyn se había quitado al vestirse para la noche, permanecía tirada por todos lados. Y, cuando yo estuve con el capitán Morthon a revisarlo, esa ropa estaba ordenada y recogida. Por tanto, alguien que no era Marilyn la había recogido y ordenado.

Era tal el silencio que acogió sus palabras, que hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

—Hellen Holden también estuvo a ver a Marilyn y tampoco la encontró. Pero en una cosa no obró con rectitud. Cuando le pregunté: «¿Vas a divorciarte de Karl? Sé que te pidió la libertad, me lo contó él», no corrigió mis palabras, no me dijo que Karl no le había *pedido* el divorcio, sino que la había *amenazado* con el divorcio.

—Pero te dije que, en ocasiones, la mujer descubre que hay algo que se llama dignidad.

Tenías que haber comprendido que, por dignidad, silenciaba ese detalle.

—Acepto la explicación. Y me gustaría poder aceptar la de tu marido —se volvió hacia Karl—. ¿Por qué me mentiste, por qué me hablaste de petición y no de amenaza?

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Podía haberla tenido. Porque fue la amenaza la que empujó a Hellen al camarote de Marilyn llevando en las manos una pistola cargada.

Hubo algunas voces de «¡Hellen! ¡Fue Hellen! ¡No lo puedo creer...!»

—No, no fue Hellen —aclaró Mark—, Ya he dicho antes que no encontró a Marilyn en su camarote. Un camarote que no estaba como de costumbre, a decir de las personas que entraban en él otras veces. Por ejemplo, John Locke advirtió que la cortina del ojo de buey se hallaba descorrida.

—¿Quieres insinuar que quien asesinó a Marilyn se tomó la molestia de variar el estado del camarote con un motivo determinado? —preguntó Karl.

—No.

—¿Entonces...?

—Vayamos por partes, Karl. Tú no simpatizas con Locke, pese a lo cual le invitas en todos los viajes del «Ursus». Por otra parte, él ha instalado un cerrojo en su camarote, lo que demuestra que teme ser atacado mientras duerme.

—Tienes imaginación de novelista, te lo dije esta misma mañana —la entonación de John Locke era sarcástica.

—También me dijiste que, antes de que Hilda descubriera el cadáver de Marilyn, lo habías descubierto tú, que entraras en el camarote porque la puerta no estaba cerrada.

—¡Y no estaba cerrada!

—Pero sí lo estaba la segunda vez que Hilda acudió a hablar con Marilyn.

—Eso no prueba que la haya matado yo.

—No he dicho que la hubieras matado tú... Pero apostaría doble contra sencillo a que sí sabes quién lo hizo.

—Pudo ser cualquiera de las mujeres, tenía motivos.

—Motive también creyó tenerlos el asesino...

—¡No diré ni una palabra más entre tanto no esté mi abogado presente!

—No es necesario que digas una palabra más, John...

Pese al dominio que tenía sobre sí mismo, el rostro de Locke había cambiado varias veces de color.

Mark se volvió de nuevo hacia su tío.

—No contaste que habías ido a ver a Marilyn en su camarote y que no la encontraras.

Pero te callaste que, primero Li-Chang, solo, y después Li-Chang con Davis, acudieran al bar a hablar contigo.

Hellen Holden parpadeó aprisa.

Hilda abrió la boca... y la cerró de golpe.

—La primera vez discutisteis acaloradamente. Pero, según todos los indicios, Li-Chang no consiguió convencerte, puesto que necesitó recurrir a Terence Davis para intentarlo por segunda vez.

—¡Miente quien te ha contado semejante patraña! —los ojos de Karl despedían destellos de cólera—. ¿Quién fue?

—Quién, no; quiénes. Y no voy a revelártelo —girando sobre los pies, se dirigió a Hellen—: Tampoco me has dicho que tu marido te está devolviendo el dinero que constituyó tu dote y que tú, generosamente, pusiste en manos de él al casarte.

—¿Era importante?

—Tan importante que Terence, que estaba perfectamente al corriente, también me lo ocultó cuando la interrogué.

—¡Muchacho...! —rió el aludido—, ¿De dónde has sacado tan peregrina ocurrencia?

—De tus labios. Alguien te oyó decirle a Li-Chang: «...no puede decir otra cosa que sí; quiere devolver a su mujer hasta el último cent...» No olvides que esta noche todos los sentisteis desvelados y con deseos de caminar hasta el camarote de Marilyn...

—¿Incluso tú?

—No; yo, no. Aclárame una cosa: ¿A qué *tenía* que decir *sí* Karl Holden?

—No recuerdo haber dicho semejante cosa.

—¿Y usted, Li-Chang? ¿Recuerda habérsela oído?

—No, señor Reynolds.

—Trataré de refrescarles la memoria... Veamos: Ultimamente, las películas de Karl no rinden beneficios. No obstante, Terence no rompe la sociedad ni Karl interrumpe sus cortos viajes de placer en un yate de lujo cuyo sostenimiento representa una cifra elevada y, a pesar de ello, empieza a devolver a su esposa el dinero que ella le entregó hace muchos años.

—Te expliqué que una película fracasa en un país y es un éxito en otro —Terence Davis se expresaba en el tono adecuado para hablar con un niño terco.

—John Locke descubre la clave que aclara esta situación —continuó Mark— y exige fuertes sumas de dinero por guardar silencio.

—¿Estás borracho? —casi gritó Locke.

—Karl me aseguró que a Marilyn la habían matado por una razón especial. ¿Y qué razón especial podía ser ésa? También me aseguró que, si tenía que elegir entre sí mismo y otro, no vacilaría, que elegiría lo mejor para él. ¿Fue la muerte de Marilyn lo mejor para ti, Karl?

—¡Estás rematadamente loco! —bramó Karl.

—Todo esto nos lleva a la cubierta del yate, a Marilyn y a Li-Chang. ¿Qué ocurrió realmente entre ustedes dos, Li?

—Nada, señor Reynolds. Subí, tiré la bolsa con la basura, vi a la señorita Robson, la saludé, me dijo que le dolía la cabeza y, luego de alabar mi cocina, me pidió que alguna vez preparara *spaguettis* o *raviolis* a la napolitana, que, como buena italiana, le gustaban mucho las pastas.

—Algo más tuvo que haber. Algo que le hizo sospechar que ella acababa de descubrir el comercio de drogas que se traían entre usted, Terence Davis y Karl Molden, amén de la persona encargada de recoger la mercancía en alta mar. ¿Qué fue, Li-Chang?

—Por favor, señor Reynolds, ¿de qué me está usted hablando?

—De que ayer noche, después de hablar con la señorita Robson, usted buscó a Karl, le dijo que habían sido descubiertos y que tenían que deshacerse de ella; Karl se negó y entonces usted fue a buscar a Terence y entre los dos convencieron a Karl de que el asesinato de Marilyn era absolutamente necesario. Para chantaje, ya les llegaba con el que les hacía John Locke.

—¡Jamás oí un disparate mayor!

—Entrar en el camarote de Marilyn no significó dificultad para usted: el yate tiene una llave maestra para todas las habitaciones, es la que usan los camareros encargados de la limpieza.

—Señor Reynolds, ¿le hizo daño el sol?

—Cogió la llave —siguió Mark—, encontró dormida a la señorita Robson, le acercó el arma al pecho y disparó con silenciador. Luego recogió la bala, tal como aventuró John Locke y, bala y arma, las tiró al mar. ¿Qué dijo Marilyn que tanto le asustó, Li-Chang?

—¡No me va a cargar a mí con la muerte de la señorita Robson; oh, no!

—¿Qué palabras dijo Marilyn? ¿Fueron algo así como...?

Mark hizo una pausa, una larga, inacabable pausa.

Y al final de ella, una voz que no era la suya, pronunció con claridad, marcando sílaba a sílaba:

—¿Ha visto, Li-Chang? La bolsa quedó flotando... Hilda Gilling soltó un grito:

—¡Marilyn...!

Después se desmayó.

O hizo que se desmayaba, que para el caso fue igual.

* * *

Marilyn había explicado el cambio realizado con Glenda, sin que ella interviniera voluntariamente. Había manifestado que ni por equivocación se le ocurrió pensar en que

hubiera algo especial en el detalle de que la bolsa flotara.

Li-Chang se había pasado de listo.

—Voy a dejar el cine —declaró al final.

Y Hellen Holden les sorprendió a todos diciendo que, mientras su marido permaneciera en la cárcel, ella asumiría el cargo de productor cinematográfico.

—Tengo trabajo para ti y para Hilda —les ofreció—. Así que tómate unos días para estudiar mi proposición...

Ahora, mientras el cadáver de Glenda era embarcado en una de las patrulleras y los cuatro detenidos en la otra y Mark se disponía a acompañar los restos mortales de la *doble*, Marilyn se le acercó:

—Si algo puedo hacer yo... No me atrevo a ofrecerte mi compañía, reconozco que resultaría doblemente espantoso para sus padres...

—Algo si puedes hacer: Glenda quería retirarse tan pronto hubiera reunido el dinero necesario para comprarles una granja, allá en el Gran Valle.

—¡No te muevas de aquí! Regreso al instante...

Y, a carreras, Marilyn se dirigió a su camarote, buscó en la cartera el talonario de cheques, firmó uno, lo arrancó y regresó junto a Mark.

El talón llevaba la cifra en blanco.

F I N